

Cuadernos del
CENTRO DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
(F. U. B. A.)

DEODORO ROCA

CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

CON UN POEMA DE
RAFAEL ALBERTI



EDITORIAL PERROT

BUENOS AIRES

1959

COLECCIÓN CUADERNOS

DEODORO ROCA

Deodoro Jaime Roca n. el 2 de julio de 1890, y m. el domingo 7 de junio de 1942. Perteneciente a una familia aristocrática dentro del ámbito cordobés, se sintió empero atraído por las ideas progresistas y fue actor y numen del movimiento reformista del 18 cuyo célebre **"Manifiesto Liminar"** redactó. Participó luego en la creación del Comité Pro Presos y Exilados de América, el AIAPE, las filiales cordobesas de la SADE, Unión Latinoamericana, Acción Argentina, etc. Dirigió **"Flecha"** y **"Las comunas"**, y realizó una activa labor periodística en el diario **"El País"**. Sus papeles, pacientemente reordenados por sus hijos y amigos, van viendo poco a poco, la luz: **"Las obras y los días"** reunió en 1945 sus trabajos literarios y estéticos, y **"El difícil tiempo nuevo"**, en 1956, sus escritos de carácter político. La correspondencia, las defensas jurídicas y los ensayos universitarios (de los cuales la presente antología es escueto ejemplario), esperan oportuna edición.

Deodoro nació y murió en Córdoba, y salvo dos breves viajes al Brasil y otro a Chile, vivió en y para ella. Sus lugares habituales de veraneo fueron Totoral, Cosquín y, desde 1924, Ongamira. Puede afirmarse asimismo que en buena parte la ciudad de Córdoba es hoy lo que es, por la labor cultural constante y el "milagro" que realizaron Deodoro y unos pocos amigos. Ciertamente no se los recuerda en la medida de esa labor y de ese milagro.



*CUADERNO Nº 11 DEODORO ROCA: "CIENCIAS,
MAESTROS Y UNIVERSIDADES"*

CENTRO DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

(F. U. B. A.)

Consejo Directivo 1969

PRESIDENTE

ALBERTO CIRIA

VICEPRESIDENTE

ALFREDO J. FRATINI

SECRETARIO GENERAL

HORACIO J. SANGUINETTI
(ALEJO DEAUTIER)

TESORERO

CARLOS MONTALBAN
(DIANA FARHI)

SECRETARIO DE ACTAS

JUAN T. BATTINI VIDAL
(LÍA PISTINER)

VOCALES POR MINORIA

OSCAR DANIEL GREGORIO RENSI
(LUIS ZANELLI, OSCAR STEIMBERG)

Administrador

LUIS H. MANICONE

TEMAS UNIVERSITARIOS

COLECCIÓN CUADERNOS dirigida por Rafael H. Saiegh

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en ARTES GRÁFICAS DOCE SRL., Humberto 1º 2071, Avellaneda

Cuadernos del
CENTRO DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES
(F. U. B. A.)

DEODORO ROCA

CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

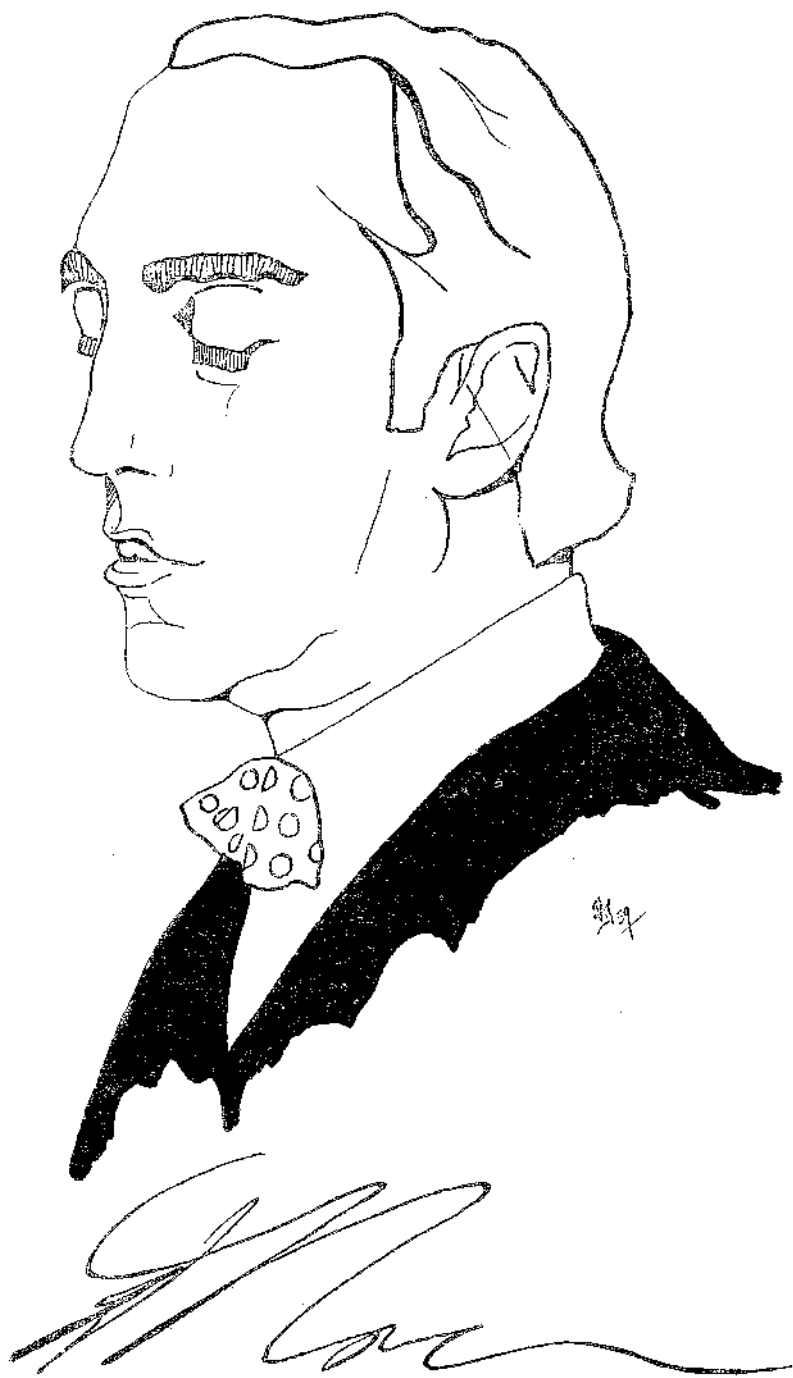
SELECCIÓN Y NOTAS DE
HORACIO J. SANGUINETTI

Y UN POEMA DE
RAFAEL ALBERTI



EDITORIAL PERROT

BUENOS AIRES
1969



DEODORO ROCA

Clara su vida fue; sobre él se habían
proyectado los dioses en dimensión tan noble
como si hubiesen querido señalar al mundo
que ése era un Hombre.

(HAMLET; acto III - esc. IV)

La quiebra que silenció tanto tiempo a la juventud universitaria ha bastado para interrumpir la continuidad entre nuestras generaciones y desvanecer nombres dignos de recuerdo. Grave pecado es éste, porque en un medio donde son frecuentes los sofismas y las fugas ideológicas, el ejemplo de quienes saben mantener su línea de conducta adquiere mayor significado moral.

Tal Deodoro Roca, rescatado del olvido por algunos amigos devotos, que publicaron recientemente una notable antología de sus reflexiones sobre "el difícil tiempo nuevo", libro que despertó el amor de los jóvenes por este espíritu singular, a cuya "resurrección" todos tenemos el deber de contribuir.

Deodoro Roca conoció una niñez fabulosa, una juventud ardida y una riesgosa madurez. Su infancia pasó en la oscura "Córdoba del recuerdo", capitaneando la hueste innumera de hermanos, primos y amigos, que infestaba el "parque de los suicidas" —como diera en llamar al Parque Las Heras—, y las márgenes del modesto, provinciano Río Primero. Al frente, la casona de su padre, Deodoro Nicolás Roca, extendía sótanos y pasadizos hasta el mismo río. Verdadero oasis en el ambiente sórdido y monacal de la aldea, los árboles mansos y la visión de las sierras estimularon las primeras aficiones estéticas del niño. Lo demás pudo hacerlo la educación paterna (don Deodoro N. era un viejo liberal de la Unión Cívica), el estímulo de contemporáneos sumidos en comunes dudas, el misterio.

Lo cierto es que hacia 1915, olvidados los pinceles primerizos "entre códices, pandectas, alegatos y versos", Roca se doctora en leyes y produce tres piezas donde arde la rebeldía: su tesis antiimperialista, su discurso de colación de grados y su conferencia en el Teatro Rivera Indarte, cuyas paredes consigue agitar con vagos malestares. Porque en la atmósfera asfixiante de la hondonada cordobesa ya están dispuestas las condiciones para el milagro.

La universidad mediterránea era un organismo muerto, "el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y —lo que es peor aun—, el lugar en donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara". Todavía asombra que en ese clima pudiese florecer una juventud tan lúcida, herida de tan noble generosidad. Su advenimiento es un estallido, una conmoción profunda e inesperada contra el atraso y el fariseísmo. Barros, Bordabehere, Sayago, Biagosch, Garzón Maceda, son nombres que pronto adquieren resonancia heroica.

Algo mayor que los demás animadores del 18, Deodoro Roca ejerce entre ellos gran predicamento. Se le reconoce, tácitamente, la jefatura. En compensación, los círculos oligárquicos lo hacen blanco de sus iras fáciles, mientras él orienta la cruzada, redacta manifiestos augurales, de-roca (su nombre parecía indicarle esa misión) el "prestigio imbécil de tanto doctor indocto". Y ocasionales testigos, encerrados en los salones del Club Social, resuelven decenas de desafíos a duelo "mientras en la calle sus ahijados lanzan andanadas de prosa de barricada y se trenzan a palos como cualquier descamisado".¹

Son tiempos de acción y autosatisfacciones: hay esperanzas de reformar el mundo. Los interventores universitarios van y vienen. Las viejas se santiguan. Caen estatuas, se publican pastorales. Al fin los estudiantes gozan la sensación del triunfo. Y para despedir al complaciente ministro de Instrucción Pública, una muchedumbre invade los andenes del ferrocarril. Allí se hace necesario hablar, expresar anhelos, liquidar valores, cerrar una etapa. Y un gesto colectivo apunta a Roca, orador, voz masculina, baritonal. El tren arranca, parte lentamente. Y la voz sube de tono, desborda la estación, Córdoba, el país entero:

"Que Buenos Aires sepa que la obra iniciada no habrá de malograrse. Despiertos y vigilantes estamos, y no habrá quién pueda quitarnos el don precioso de la libertad..."

La realidad del triunfo era relativa, pero bastaba para inaugurar una época de reposo creador. Deodoro Roca integra el Consejo Directivo de la Facultad de Derecho y enseña Filosofía General, aunque no por mucho tiempo, pues carece de una sólida vocación docente (ya su iniciación en esa actividad había sido infortunada, cuando lo expulsaron de su cargo de preceptor en el ejército por predicar ideas peligrosas)...

En cambio, artista por naturaleza, desempeña apasionadamente la dirección del Museo Politécnico de Córdoba: adquiere cuadros importantes (de Bermúdez, de Octavio Pinto), proyecta el Museo Colonial y salva de la piqueta la casa del virrey Sobremonte.

A fines de diciembre del mismo año 18, el caudillo juvenil se había casado con María Deheza, hija del rector desplazado por la Reforma. Ad-

¹ JULIO V. GONZÁLEZ: La revolución universitaria, Ed. "Nosotros" Bs. Aires, 1922, pág. 104.

vertido al punto tal desajuste, la sociedad se agitó, y la noche de la boda fue señalada por una espantosa tormenta, como si las iras de algún dios antirreformista repudiasen esa unión del cielo y el infierno.

Más tarde, cielo y sociedad se aplacarán un tanto: vendrán los hijos, Marcelo y Gustavo, y también la compra del "feudo" de Ongamira, paraíso gredoso cuya belleza descubrieran los hermanos Roca —Héctor, Juan Carlos, Eduardo, Jaime—, en sus lejanas cabalgatas por la sierra.

La labor periodística de Deodoro es entonces particularmente fecunda: incursiones literarias, ensayos filosóficos, y alguna que otra crítica al imperialismo yanqui. Córdoba despierta. Durante muchos años, Deodoro y sus pares animan esa lánguida vida cultural, la irritan, le imponen el ritmo de los nuevos tiempos. Córdoba abandona su cáscara, trasciende de sí misma, se despereza, se dilata. No hay pensador, artista, viajero más o menos ilustre que no haya descendido a las profundidades del sótano de Rivera Indarte 544, refugio del "cónclave" deodórico (Taborda, Bermann, Castello, los Orgaz, los Allende), para gozar un momento con ese diálogo donde ardían —y acaso se malgastaban— prodigiosas fuerzas estéticas. Diálogo que era para Deodoro un sustento diario, una vital necesidad.

Pero nuestra triste América no está hecha a la calma. Malos signos se van reproduciendo: "nubarrones oscuros cruzan enormes, amenazantes, por el cielo bajo, conduciendo palideces vivas. Descargas y batería de gran espectáculo. Campos tranquilos bajo la tormenta viajera y retórica." Y por fin, el trueno de 1930 que transfigura las conciencias, impulsándolas al combate, a la autocrítica y al sacrificio. Roca —y no muchos más—, desde el comienzo advierte el trasfondo regresivo del golpe, y violenta su natural bohemio y descuidado, para saltar a la palestra. Obró siempre por reacción, lo que mueve a pensar si este fogoso activista no era, en el fondo, un contemplativo que añoraba la paz de una imposible Arcadia.

Su voluntad de lucha lo lleva a inscribirse en el Partido Socialista, cuya dirección "de hecho" ejerce bien pronto en la provincia. Pero este "entrometido" afecta intereses minúsculos. La intriga se mueve, y Deodoro concluye por dirigir un telegrama a cierto miembro del Comité Nacional, invitándolo a afiliarse al Partido Conservador. Es expulsado, y en buena hora, pues su talento fructifica mejor en libertad. Sigue batallando desde "Flecha", periódico donde encauza toda una línea de opinión, apuntada de lleno contra el urgente enemigo nacistascista.

El peligro parece exaltar sus potencias creadoras, universales. Retoma, en la madurez, su vieja pasión por la pintura, y pinta incansablemente, con esa entrega absoluta y hasta desenfrenada que pone en cada empresa. En los veranos ongamireños, huyendo de la ciudad inhabitable, bajo el cielo purísimo, Deodoro recorre en mula la tierra roja y carnal, surcada de inagotables manantiales. Lleva consigo algunos pinceles, algunos colores calientes y fúlgidos. El paisaje lo incita; quiere explicarlo, compartirlo. Por eso pinta, novedoso aspecto de su generosidad total.

Es un pintor impresionista, cuya obra sería oportuno revalorar. Como dibujante, ágil y certero, sus caricaturas le revelan "peligrosísimo cazador de lo impalpable". Pero pintura y dibujo no son sino expansiones que no toma en serio, pese a su cordial intercambio con Fouyita, con Pinto, con Lasansky. Apenas expuso un par de veces, y regaló invariablemente, casi todas sus telas.

Preocupaciones más ingratas lo torturaban. Los males del país le dolían hasta el hueso del alma. Y desde los viejos sótanos organiza la defensa, como un estratega ansioso y previsor.

Allí propicia con insistencia obsesiva la formación de un frente popular, único callejón de escape, entre los cárdenos resplandores que ciegan y confunden. Pero todos parecen sordos. El sótano no es más que una cueva, como las de Ongamira, donde hay un poco de sombra y de humedad bajo el sol cordobés, árido y monótono. De profundis emerge la voz viril; tiembla de coraje, rebotando en las desiertas bardas; de coraje agónico, de ese coraje desesperado con que Hamlet apuñala al rey. Pero acá no hay rey que pueda ser apuñaleado. Entonces los vaticinios se cumplirán inexorablemente, y a diecisiete años de su muerte seguirán cumpliéndose:

"El frente popular charla, divaga, discute. El presidente Justo dirige y realiza. Hace. Irá hasta donde quiera en un país lleno de cabezas de corcho".

Porque el radicalismo no comprende que su ciclo histórico esté terminado. Con orgullo mesiánico y visceral se opone al frente: ve en él "mari-daje", "contubernio", "transacción"; ¡palabras, palabras! No importa que "su ideario confuso esté hecho precisamente de transacciones ideológicas". Es "intransigente"; tiene sus esquemas trazados y en pos de ellos se suicida y nos sacrifica a todos.

Sin embargo, y pese a la sordera general, Roca distó de ser un solitario. La juventud lo seguía y no faltaron valores nuevos, prestos para el relevo. Claro que como él estaba en sazón, esa instancia parecía lejana. Su estilo literario se había depurado y madurado. Lamentablemente, por indolencia o porque desechaba la propia gloria, jamás acometió la exigente tarea de un libro. Sus estudios sobre las virtudes del hombre, sus investigaciones sobre la figura contradictoria de José Miguel Carrera, no pasaron de bosquejos o de propósitos remotos. Pero aquel estilo ha quedado documentado en piezas fragmentarias, que bastan para hacer de Deodoro, como afirmó Taborda, "el más excelso y calificado de los escritores argentinos". Estilo nervioso, noble, espléndido, con sus "tranquillos" originales, sus imágenes deslumbrantes, sus ingeniosos neologismos (obeliscopál, hispanocaliente, feudoburguesía, vacunócratas)...

En numerosas defensas jurídicas, Deodoro Roca derrochó gracia y elegancia, trocando los incoloros papeles sellados en claves de belleza. Entre ellas, la defensa del toro ongamireño, que, pleno de sentido higiénico, diera muerte a uno de esos intrépidos turistas de cámara fotográfica.

y pintura a la cal sobre piedras virginales. El toro, señor de la comarca, salió en defensa del paisaje prostituido; era el propio "paisaje en movimiento", desafiando a la barbarie en singular combate. Y Deodoro a su vez salió en defensa, más que del dueño demandado, del animal higienista.

Por entonces también la imagen física de Roca había madurado. La estatura de su frente era ya franca calvicie, y un bigotito de villano cinematográfico alargaba dos triángulos de sombra sobre la boca gruesa. Toda esa arquitectura fina, estilizada, del rostro, y su alta talla, comunicaban una impresión de aplomo y franqueza, realizada por la intensidad de su voz, por el gesto, por las manos, "manos que sabían describir —ha dicho Monteserrat—, la línea plástica, redonda, de sus inspiraciones espontáneas".

De todos modos, y tal vez a causa de su auténtica gallardía, Deodoro Roca no era lo que se llama un "elegante". En alegre bohemia, descuidaba que los cuellos de su camisa llevasen las clásicas "ballenitas", o que sus anchos pantalones respondiesen o no a la idea de Chesterton, cuando consideraba la "raya" del planchado como algo antinatural y procaz.

Espiritualmente, Deodoro parecía un personaje del Renacimiento, sólo que desprovisto de egoísmo y ostentación. Como los renacentistas, tuvo fe en el Hombre, libre arquitecto de su propio destino, y pensó que diferir a dioses hipotéticos la concreta felicidad humana, es una actitud culpable. Como los renacentistas, se burló de los demonios y amó la Naturaleza, sin ver en ella maldad sino hermosura y vida. Como los renacentistas fue un hombre integral, llagado por todas las excitaciones del arte y la belleza. Pero odió las torres de marfil y negó que el arte fuese "mera alquimia de la inteligencia y la sensualidad", ocio divino, juego reservado a una aristocracia no sujeta a las necesidades de la existencia.

Fue fundamentalmente bondadoso, y negó el nacionalismo porque es una limitación al Hombre universal, porque aborrecía a los narcisos y la xenofobia es una forma colectiva del narcisismo. Por eso mismo repudió a la oligarquía de donde provino, y amó al pueblo. Y aunque quebró los hilos de titiritero que desde la altura pretendían dominarlo, no fue hombre de superficie, pues echó raíces en la realidad, y a través de ellas, y con ella, nutrió los jugos sustanciales de su sangre.

Los últimos años de Roca transcurrieron en medio del escandaloso "asunto Stutz", que, como todo lo que él tocaba, se magnificó hasta conmover la opinión pública, signo indudable de su medida espiritual. Era originariamente un asunto vulgar: el rapto, presumible violación y muerte de una menor. Convencido de la inocencia del supuesto culpable, Deodoro lo defendió aun a costa de graves amarguras, pues muchos enemigos aprovecharon lo impopular de su causa para desacreditarlo. Así se perdieron amistades y el sótano fue apedreado. Pero el proceso tumultuoso y kafkiano

llegó a buen término.² Y entre un despliegue de ingenio y energía tan arrollador, que nadie sospechó la dimensión del abismo que ya estaba abierto.

Cierta mañana del invierno de 1941, Deodoro salió con Marcelo a sus habituales correrías librescas. De pronto, un extraño vahido hubo de acometerle; y aunque bastó alguna terapéutica elemental para que se repusiera, la tranquilidad había concluido. Comenzaron análisis y pesquisas. Y la noticia discurrió bien pronto por cauces siniestros: "¡Deodoro se muere!"

La muerte elegía cuidadosamente: nada de ancianos anquilosados, nada de mediocridades anodinas. En este platillo pesaba mucho el bronce del talento.

Un año exacto duró la enfermedad, y Deodoro Roca dio la prueba más concluyente de su vigor estoico. Todavía escribió, sostuvo polémicas; todavía el sol de Ongamira proyectó su sombra; pero ahora todo era sombras, y una generación de hombres superiores, protagonistas del "milagro cordobés", se iba —Pinto, Deodoro, Taborda, Reinaudi—, como arrastrada por un lamentable destino común. Eso tal vez lo entristeció. Nunca los dolores propios, que no le arrancaron una queja y apenas sí la ironía sobrecogedora:

"Me hacen rayos X... hasta que un rayo me parta".

Y allá está, intacto el rostro, cruzadas su azulosas manos, las uñas lívidas. Nos dio lección de amor, en vida y muerte. Porque anduvo tocado por ellas. Con su herida triple. O, para decirlo con las palabras de Miguel Hernández, con tres heridas:

*"...la del amor,
la de la muerte,
la de la vida".*

HORACIO J. SANGUINETTI

² La sentencia definitiva, absolutoria, de la Cámara 1ª en lo Criminal de Córdoba, es posterior a la muerte de Deodoro: 30 de diciembre de 1942 (cfr. J. C. 2-193, y referencias "in re Suárez Zabala, Antonio y otros", en L. L. rep. 1944, pág. 1486).

CIENCIAS, MAESTROS Y UNIVERSIDADES

Erraba en la mañana de este día, una musa graciosa y fresca. Un aliento de juventud brotaba de la tierra recién amanecida, y en el aire —dulce y vasto— vibraba el Sol como una limpia canción de primavera. El parque inmediato lleno de misterio y murmullo, acentuaba su fina arquitectura. Sobre la charla pueril de las cosas, la tierra rompió a cantar, mientras se aclaraba en cobalto el violeta oscuro de la sierra. Traía prisa el Sol por alegrar la mañana y el primer rayo de luz pasó volando sobre la copa de los árboles, y se fue a quedar prendido entre la veleta de las torres, y las campanas para hacerle fiesta echaron al aire su vocinglería, y el aire, desde entonces, está sereno, claro y azul, alegre como otra campana: ¡campana de juventud! ¡campana de primavera!

Dicen que el árbol de la Ciencia está aquí, cargado de pomas. Y en este día azul, bajo el pórtico engalanado, pasa la vida nueva: el corazón en fiesta, el espíritu en pleno dominio de sí, el cuerpo viajero, los ojos inquietos y avizores... Dicen que el árbol de la Ciencia está cargado de pomas: llevaremos las que haya. Pasa la vida nueva: ¡viva la vida! Singular coincidencia ésta, que hace romper la marcha de la gente joven al ritmo glorioso de la primavera. "La que nos dice amor cuando al alma le duelen desengaños, la que nos dice frescura de regato, sombra de frondas sobre el agua, cuando va el cuerpo al Sol por los caminos polvorientos"; la que nos enciende, al par que surgen los entusiasmos claros y son las esperanzas como las crestas azules de las montañas que decoran el horizonte vecino.

Suspensos un instante al milagro del día, nos situamos al borde del sendero y sin querer volvemos la cabeza. Pensamos entonces que nuestro pasado es breve, como un hemistiquio. ¡Pero hay quien arguye sabiamente...! La vida es feliz porque está serena frente a la verdad liberadora —dulce o amarga, pero siempre amiga—. Una mitad de lo vivido nos la gastó el mundo en ligarnos al error con lazos todopoderosos. Acaso la culpa fue de los que más nos amaron. Duras fueron de arrancar las sutiles argucias hiladas con diamante, pues tal suerte prendieron sus tramas en el corazón que hubimos de sentir el dolor del desgarramiento. Pero la juventud no es rencorosa. Restaña las heridas y olvida y trabaja y sueña y espera. Y en presencia de la verdad que halló, se presenta —en el decir del poeta— como una pradera cara al cielo; pasan sobre ella mari-

posas blancas y nubes negras; y ella se deja acariciar por la sombra de las alas blancas y por la sombra de las nubes.

Limpias las frentes, claros los ojos puestos en la ruta, ágil el paso, acudimos serenos a la cita solemne. Denuncia sin embargo nuestro sentimiento, la leve nerviosidad del ademán inevitable. ¡Ya nos vamos, señores! Ha clareado alegre la mañana y el clásico zurrón de los peregrinos va ligeramente provisto. Ya partimos. Larga y penosa debe ser no obstante la jornada, cuando ha subido de la ciudad silenciosa la caravana de los viejos maestros a despedirnos... Grupos familiares nos hablan melancólicamente de las cosas idas. Cobran relieve las emociones de la provincia. Anímanse las caras tradiciones y desde la casa de estudios se extiende hoy por los ámbitos de la ciudad, una como vibración de pensamiento. Han venido todos los compañeros y los viejos maestros. Vienen a hacernos la última recomendación, a darnos el postrer consejo. ¡Decidlo pronto, que nos aguardan ya! Escucharemos serenos y cariñosos, atentos, agradecidos...

«Cuando preparemos en el huerto la vendimia, y termine la primera faena en el lugar, sabremos decirnos del sabor que nos trajo el zumo de la vieja experiencia. Mientras tanto, hablemos. No todo han de ser lágrimas en las despedidas. Algo también aprendimos por nuestra propia cuenta en un ángulo apagado del claustro. Si entonces conocimos algún mal, no digamos ahora: ¡alma, silencio!, “no queramos como Claribel, reposar sólo bajo el roble solemne y frondoso”: no queramos que para guardar nuestro sueño —como cantó el poeta— hagan pausa las brisas y mueran dejando caer hojas de rosa: ¡que el roble suspire la antigua melodía íntima y turbadora, mientras se agita el peligro de la maleza!

Salimos de un instituto científico que fuera orgullo de propios y extranjeros, cuando desde la gran colonia o desde el altiplano, venían en confusión pintoresca hombres ávidos de saber, para volver después cumpliendo entre las gentes el activo mandamiento del escudo universitario. Tan resplandeciente fue la epifanía, que nos aturdimos un tanto. Creímos lograda entonces la perfección absoluta, sin pensar en el antiguo mito. Saturno es el mismo Tiempo, que devora a sus propios hijos. Afortunadamente vamos dejando ya de practicar el culto fetichista hacia el pasado —glorioso sí, pero pasado. Comprendemos que el pasado fue glorioso por ser lo más claro de la verdad de entonces. Procuremos ahora con la cooperación creciente de todos, devolver a la vieja casa el augusto brillo de sus blasones, para que nunca deje de cumplirse aquel mandato imperativo.

Una de las mayores ventajas de la Ciencia es, por cierto, la que permite utilizar a los espíritus más modestos. El arte no soporta jamás la mediocridad. La Ciencia se vale frecuente y subalternamente de ella.

En todos puede encontrar colaboradores. Un poeta mediocre —se ha dicho— es para el arte un ser perfectamente inútil. La Ciencia en cambio nada desdeña, amasa todas las observaciones, reúne y multiplica todas las fuerzas intelectuales. Por esta razón la Ciencia lleva dentro de sí una

fuerza de propagación que sólo han tenido las religiones, a las cuales acaso sustituya. Basta que salga del trance puramente especulativo o indagatorio. Basta que florezca en acción. No debe proclamarse como se proclama en tantas partes la "bancarrota de la Ciencia", sino la del cientificismo. Sólo ella puede salvarnos de los males que nos circundan. Lo que hace falta es depurarla y hacerla coherente: adaptarla a las necesidades "totales" de la civilización.

La Ciencia en definitiva no es otra cosa que la experiencia de la humanidad hecha sistema, orden, claridad, armonía. Para la Ciencia debe haber una discreta asociación de los espíritus. Sin duda que un número reducido de dominadores será siempre necesario "para dirigir el trabajo, abarcar el conjunto de los materiales acumulados, distribuirlos y elevarse a inducciones imprevistas". Claro está que en lo externo de la correntada va el penacho de agua turbia, pero el agua lejana es más caudalosa, más serena y más pura. Hay un escollo que siempre debe evitarse: la Ciencia —se ha dicho— tiene sus entusiastas pero tiene también sus fanáticos, y si fuera necesario tendría asimismo sus intolerantes y sus violentos. Afortunadamente lleva el remedio consigo misma. Engrandecida, encuéntrase al fin en ella el principio mismo de la tolerancia.

La "bancarrota" más seria de la edad contemporánea es la bancarrota de la moral. La guerra actual da la evidencia de todos los fracasos. Si las inteligencias se han desprendido de los dogmas, el entusiasmo propio de las religiones debe entonces desplazarse en las doctrinas científicas y sobre todo en las creencias morales y sociales. No pensemos en retroceder, sino en utilizar los materiales que tengamos a mano. Recordemos la hermosa parábola de Rodó; la de aquel niño que paseaba ufano su gozo por el jardín golpeando acompasadamente con un junco su copa de cristal, hasta que en un arranque de volubilidad cambió el motivo de su juego y llenó la copa hasta los bordes con arena del sendero. Ya la nota del herido cristal no vibraba en el aire. Ante el fracaso de su lira los ojos húmedos del niño se detuvieron ante una flor muy blanca del cantero inmediato. Cortándola la sujetó en la propia arena del vaso enmudecido y continuó paseando por el jardín su ingenuo goce nuevo. Así creemos que de todas las teorías tan diversas sobre los principios de la moral, de la variada experiencia científica, resta un fondo común de ideas, susceptibles de enseñanza y propagación popular. Así como la solidaridad de las inteligencias sirve a la obra científica, la solidaridad de las voluntades será útil para los sufrimientos humanos que hay que aliviar, para los vicios y errores que es necesario curar, para las ideas morales que es preciso esparcir. La fraternidad fundada en la conciencia "humana" de la solidaridad, será el campo de la futura siembra moral. Rotos los resortes inhibitorios, aventado el tesoro afectivo del legado religioso, no penetra aun la humanidad —en esta época de transición—, en los nuevos valores que se predicán; se agitan los hombres en una lucha grosera, sin heroicidad, sin cuartel y sin

nobleza. Nadie procura comprenderse. El egoísmo, estrechando la esfera de cada actividad, concluye por empobrecerla. ¡Ahí está el enemigo, el eunuco de baja ralea! El egoísmo, ha dicho un escritor contemporáneo, es la eterna ilusión de la avaricia, temerosa ante el pensamiento de abrir la mano, sin darse cuenta de la fecundidad del crédito mutuo y del aumento de las riquezas por su circulación. En Moral como en Economía, es necesario que alguna cosa de nosotros circule en la sociedad, que mezclemos un poco de nuestro ser propio y de nuestra vida en la de la humanidad entera. Quien sea incapaz de sobrepasar un instante a su misma individualidad es en verdad un impotente. En la Ciencia humanizada, pragmatizada, encuéntrase el remedio para todos los males. Por eso pienso que en las Universidades está el secreto de las grandes transformaciones, por eso pienso que éstas deben realizar de otro modo sus funciones, por eso pienso que no deben ser sólo escuelas de profesionales, por eso pienso que necesitamos maestros a la manera socrática, como se estilaban en aquellos grandes pueblos de la antigüedad: los que mejor comprendieron el sentido profundo de la vida...

Uno de los mayores obstáculos a la propagación, a la "penetración pacífica" de la Ciencia, es el "pedantismo" intolerable con que ha logrado desfigurarla y esterilizarla la hegemonía intelectual, foco principal de ese feo vicio. Acuso especialmente a Alemania de haber contribuido a matar la imaginación en las ciencias con el culto exagerado del "hecho" omnipotente. Los hechos en sí mismos nada valen. Confirman o no, verdades, intuídas, por lo general. El entusiasmo espontáneo se debilita o se recoge herido. Y el entusiasmo es el promotor de todas las obras humanas. Supone "la creencia en la realización posible del ideal, creencia activa que se traduce en el esfuerzo". Los espíritus demasiado positivos, cultores enfermizos del "hecho" padecen el mal de no poder conocer todo lo posible. La vida se detiene en los umbrales de sus bibliotecas. Distinguen con admirable precisión lo "que es", de lo "que no es".

El mundo, sin embargo, es de los verdaderos entusiastas, de los que distinguen lo que es de lo que "todavía" no es; de los que miran al presente como marco del porvenir, de los espíritus sintéticos que saben vincular lo ideal y lo real, de los que advierten una "dirección" y por consiguiente persiguen un fin, de los que saben quebrar los contornos rígidos y sacar palpitante y viva la realidad sucedánea. ¡Allí es donde se incuban los Profetas y los Mesías de la Ciencia!

En la confusión de la vida contemporánea se han borrado de la conciencia humana casi todas aquellas buenas leyes morales y sociales que solían antaño llevar a los hombres de la mano. Mientras tanto, los maestros que debió general el entusiasmo, callan. El "aurea mediocritas" resplandece. En todas partes la autoridad duda de sí misma, y ni en política, ni en religión, ni en ciencia, ni en arte, aparecen los maestros índices. Caen

los prejuicios, instituciones seculares vacilan, pero no surgen los nuevos arquitectos.

¿En dónde están?

El mundo moderno ofrece el espectáculo de una confusión indescriptible. Todo vacila en sus cimientos, pero no brillan las piquetas de los rudos trabajadores. ¡Debe ser un trabajo silencioso de hormigas!

Se acentúa la crisis de todos los valores. ¿Estarán revisándose de verdad o se realizan tristes profecías? ¿Se estarán cumpliendo acaso las viejas palabras de Amiel?: "Se ve que comienza en todas las cosas la era inevitable de la mediocridad. La igualdad engendra la uniformidad y sólo se desembaraça de lo malo sacrificando lo excelente, lo notable y lo extraordinario. Todo se hace menos grosero, pero más vulgar". El tiempo de los grandes hombres se va y llega la época de los hormigueros y de la vida múltiple. Por la nivelación continua y la división del trabajo la sociedad será todo y el hombre no será nada. Las medianías se elevarán en detrimento de toda grandeza. El estadístico registrará un progreso creciente y el moralista una decadencia gradual. Progreso en las cosas y decadencia en las almas. ¿Es posible que esto sea definitivo? ¿Será éste el resultado de una lenta gravitación histórica, o el lote obligado de un aluvión? Me inclino a creer en el último enunciado. Y cada escaso progreso de la sensibilidad o de la inteligencia remata en nuevos y sutiles dolores. Cuenta Gai-yau —aquel dulce santo laico y más que todo, niño resignado y triste— que a veces en las montañas de la Tartaria se ve pasar un animal extraño huyendo anhelante bajo la niebla de la mañana. Tiene los ojos grandes de un antilope, desmesuradamente abiertos por la angustia. Pero mientras galopa y golpea el suelo con el pie —tembloroso como su corazón— se ven agitar a los lados de su cabeza dos alas inmensas que parecen elevarlo a cada uno de sus movimientos. Se hunde en las sinuosidades de los valles, dejando rastro de sangre sobre las duras rocas. De pronto, cae. Entonces se ven las dos alas gigantescas desprenderse de su cuerpo, y un águila que aplicada a su frente le devoraba lentamente el cerebro, se eleva saciada hacia los cielos...

El pesimismo, anacrónico en estos pueblos recién nacidos, que florece en la sombra de los ojos prematuramente cansados, entorpece la voluntad y devora la idea viva en el propio instante de la creación. La juventud actual padece de ese grave mal que se dio en llamar "mal del siglo". A su amparo crece. Desorientada, aturdida por la balumba de cosas contradictorias, atraída incesantemente en todas direcciones, sin control, cae en la misantropía o vaga en la superficialidad. ¿Y quién tiene la culpa de esto? ¿Nosotros? ¡No! ¡Todos! Es que no hay nobles direcciones ni para el pensamiento, ni para la acción. Todos se equivalen: tanto los que nos empujan en tumulto hacia la vida intelectual como los que se encargan de formarnos. Todo es confusión y tumulto. Perdida en la extensión de América apenas se escucha la voz de uno que otro maestro. En este cielo uniforme y monótono, apenas se levanta una que otra estrella. En Améri-

ca no hay maestros; en Europa casi todos se han ido ya para siempre. Nosotros acaso no pudimos o no tuvimos tiempo de formarlos porque en la casa de Mamón fuera estruendosa y hostil la algarabía. ¡Pero hacen mucha falta! Vivimos en perpetua improvisación de hombres y cosas. Por cada una que se logra, noventa y nueve muerden el polvo del fracaso. El único maestro cierto que existe, es, por otra parte, caprichoso: se llama Azar. Entre nuestros mismos escritores las pocas individualidades originales son, ciertamente, autodidactas. Y la obra que todos realizan, salvo la de muy pocos, no trasciende simpatía. Es obra orgullosa, encastillada, impopular. No queda otra semilla que la sugestión de un esfuerzo penoso. No tiene trascendencia. Le falta el pequeño toque humano.

En el ambiente social hay factores que contribuyen a la esterilidad de la vida intelectual y universitaria. Por eso dije antes que el mal está en todas partes. Nosotros —los americanos— no pertenecemos en realidad al viejo tronco latino sino en escasa medida; somos latinos por la tradición que de ellos recogimos, más que por la raza. España es un pueblo afro-europeo que recibió una tradición latina prolongándola en sus colonias de ultramar. Y entre las tradiciones de la vieja Roma guardamos y cultivamos con raro empeño la que desprecia el trabajo que domina y engrandece las fuerzas naturales. Formamos entonces en estos pueblos el patriciado de la Burocracia. Los burócratas españoles de la Colonia fueron los primeros patricios. Es nuestra más antigua ejecutoria de nobleza. Sin las ventajas y con todos los defectos de la vieja aristocracia se implantó. Difieren en sus orígenes. La dádiva del monarca por lo regular blasonaba una gesta épica; el desarrollo artificial, progresivo, inútil, del Estado y sus funciones administrativas y políticas, frecuentemente cobija la tristeza estéril de los vencidos innatos.

En consecuencia ha acabado por confundirse —casi de buena fe— el rango con el mérito.

El rango —ha dicho Ingenieros— no es la consagración del mérito, sino el mérito mismo, en la moral burocrática.

Uno de los más graves males que padecen las democracias americanas es el desarrollo de la burocracia. Y lo digo fuertemente. El Estado es la necesidad máxima: fuente de todos los apetitos, camino obligado de todas las esperanzas, supremo árbitro en la vida del esfuerzo, posada de todos los peregrinos, venda para todas las heridas, refugio de convalecientes y de inválidos, creador de una mentalidad, de una moral y de una conciencia específicas. El Estado lo es todo. La iniciativa individual no es nada. La voluntad creadora del individuo debe estrellarse ante el monopolio gratuito creado por la asociación de los minúsculos, de los inadaptados a la vida libre y creadora. Eso no es por otra parte un mal exclusivo de nosotros. Es la estampa del Estado latino. El socialismo mismo se equivoca, cuando estimula la garra del Estado y fía en su fuerza el apoyo de la justicia futura. ¡Es una espada de dos filos: cuidado con ella! En la vida simple de la

nación los órganos de la administración pública se complican de una manera exagerada. Los presupuestos, "en toda su gama" hacen vivir a una clase estéril, reclutada —¡quién lo creyera!— entre los que ostentan títulos universitarios. Al pie de las murallas, una multitud espera.

¿Y por qué es esto? Es porque se tuercen las vocaciones. No son las disposiciones naturales del espíritu las que marcan el paso en la vida. Jamás se consulta a la ley espontánea del "mínimo esfuerzo". La esclavitud al prejuicio del trabajo que denigra, es la primera representación mental que se forma en el jefe de familia ciudadana cuando se trata de asegurar el porvenir del hijo. Este prejuicio es el que entristece muchas vidas, el que desarticula proporciones entre los campos y las ciudades, el que empobrece el ambiente mental y moral de nuestros centros urbanos, el que fabrica "pájaros de barro", el que deja al extranjero activo el monopolio de la industria y del comercio, el que permite que ellos adquieren la propiedad de la tierra que heredaron americanos desprovistos de energías. Desde el punto de vista de la vida nacional esta falta de equilibrio, inquieta. "Estas naciones —ha dicho García Calderón— que invaden inmigrantes activos, son dirigidas por un grupo de mandarines, y si una educación práctica no desenvuelve en la juventud las "vocaciones" comerciales e industriales, los colonos enriquecidos desplazarán al criollo de sus viejas posiciones. Las grandes transformaciones políticas del porvenir, serán debidas al desenvolvimiento equilibrado de la riqueza común".

Se tuercen las vocaciones. ¡Meditad, maestros y discípulos!

Aquí, en estas severas casas de estudios, están ocultos y sin desarrollo los procedimientos defensivos. Aquí deben estrellarse las vanas lamentaciones, aquí debe elaborarse el pensamiento nacional, aquí la juventud tocada de graves inquietudes debe encontrar las altas señales, desde aquí se debe poder mirar hacia todos los horizontes. . .

La juventud que pasa por los jardines de Academus, no puede querer la enseñanza oscura y rutinaria del dómíne pedante. Ella no necesita de verdades concretas, fácil de adquirir en el sosiego de los gabinetes. No fórmulas anquilosadas que de nada sirven cuando la dinámica de las cosas nos urge en la urdimbre nueva, sino ideas vivas. La verdad no es patrimonio de nadie; es un perpetuo devenir. Casi podría decirse que no existe ni ha existido nunca. Lo único que han existido son verdades: lo que las alienta en su transmutación incesante. Lo que debemos encontrar son gestos amplios señalando las grandes rutas del pensamiento, el punto de donde parten todos los caminos. Este punto está en nosotros mismos, en la porción de originalidad que cada hombre sincero puede dar, en el desarrollo espontáneo de la aptitud dormida. El maestro no debe aspirar sino a que nos descubramos a nosotros mismos. Ahí está lo fecundo en la confluencia de maestros y discípulos. ¡Nada de pedantismo, nada de solemne aparatosidad, nada de recetas! ¡Debe aspirarse antes que todo a desarrollar el espíritu de investigación, el espíritu filosófico, muerto y amorta-

jado en las universidades y en todos los institutos oficiales de cultura. ¡Recordemos con Taine, que la filosofía nació en Grecia, no como entre nosotros, en un gabinete y entre papeles, sino al aire libre, al sol, cuando fatigados por los ejercicios de la palestra y apoyados en una columna del gimnasio, los jóvenes conversan con Sócrates sobre el bien y la verdad!

Compañeros de colación: amigos y camaradas en las horas de las charlas bulliciosas, ingenuas. Ya la ronda de la alegre estudiantina, apaga en las callejas su pretérito rumor... Ahora está la Vida, frente a frente, mirándonos con una expresión enigmática. Tal una Isis impasible. Pero no nos conturbemos; siempre es así. Al fin y al cabo no sabe de dónde venimos, ni hacia dónde vamos... ¡Pero nosotros sí, lo sabemos! Cumple entonces dirigir nuestra proa impetuosamente hacia el rumbo que nos marque "el lucero interior". Hagamos siempre nuestra obra personal sin perder jamás de vista la obra colectiva. La nacionalidad reclama hoy más que nunca el esfuerzo constante de todos. Si los ideales que debemos aventar hacia los cuatro vientos, son en cierto modo universales, sintámonos vibrar al unísono en la tierra natal. Soñemos con una patria ideal para la humanidad entera, pero razonemos con Michelet: "La patria es una amante tras de la cual corremos también. Ulises no se cansó hasta que no vio humear los techos de su Itaca". Es preciso adelantar o retrogradar. El estado presente no puede subsistir. Debemos estar preparados para muy rudas faenas que se acercan inevitablemente. A los jóvenes de hoy nos ha tocado nacer en el trance más oscuro de la historia. Amigos: la tragedia de Europa es algo más que una guerra; allí está ardiendo una civilización. El humo denso, cargado de miasma, llegará hasta aquí. Preparemos entonces los ojos para distinguir en la sombra. Preparemos el espíritu para comprender el sentido de lo que vendrá. Preparemos el oído para distinguir las voces amigas entre el grito ronco de los descontentos. En adelante, todo ha de gravitar sobre América. Aquí han de tener final los viejos pleitos humanos. Será éste el campo de una vasta experiencia. ¡Mientras tanto estudiemos, estudiemos sin descanso y sin fatiga; no nos sorprenda la tempestad en lo más apartado del bosque, ocupados en pasatiempo inocente! Tampoco nos arredre el futuro dolor, que el sacrificio es bello cuando cuaja en una verdad o en un bien. Uno de los maestros que aroman nuestra intimidad, ha notado que "en las tablas de roble de los coros de iglesia —amorosamente esculpidos en los tiempos de fe— el mismo tipo de madera representa con frecuencia, sobre una de sus caras, la vida de un santo y sobre la otra una serie de rosas y de flores, de tal suerte que cada gesto del santo figurado de un lado, se convierte por el otro en un pétalo o en una corola; sus sacrificios o su martirio se transforman en una lis o en una rosa. Obran y florecen, todo a un tiempo. Sufrir desplegándose, abriéndose como una flor, unir en sí la realidad del bien a la belleza del ideal, éste es el doble

objeto de la vida y nosotros —lo mismo que los antiguos santos de madera— debemos esculpirnos también sobre dos caras”.

Discurso en representación de los graduados, dicho en el acto de colación de títulos de la Universidad cordobesa, el 8 de diciembre de 1915.

LA NUEVA GENERACIÓN AMERICANA

Señores congresales:

Reivindico el honor de ser camarada vuestro. Reclamo, pues, la consideración que se os dispensa. Para ello, sabed que practico esta enseñanza de Enrique Bergson: conservar la disposición de espíritu con que "entráis" vosotros a la Universidad y estar siempre dispuesto —cualquiera que sea la edad y la circunstancia de la vida—, a volver a ser estudiante. Si esa disposición de espíritu es el aliento del trabajo filosófico, lo es también del vigor juvenil. Apenas me adelanté en corta jornada: la que remata al ciclo oficial de los estudios. Ahora os estaba aguardando. En el camino no había una sola sombra quieta. Alcé el zurrón de los peregrinos y me puse en el cruce de las rutas fatales, sobre la calle amarga de los sacrificios, seguro de que por ahí abríais de pasar. Anduve en lo cierto. Pasásteis. Se os distinguía en la música pitagórica de las ideas, en los ritmos amplios, en las frentes claras; tal como en los símbolos heráldicos, en las manos abiertas.

Y en el hondo me sentí hermano vuestro, oprimido de la misma angustia, tocado de la misma esperanza. Por eso estuve en la calle estentórea ardiendo en grito de rebelión y por eso estuve aquí oyendo profundamente las cosas esenciales que dijisteis. La calle fue el Teatro Romántico de la Revolución. Es, también, su destino más glorioso. ¿Y cuál fue, desde lo inmemorial, la que no pasó por ella, descompuesto el ademán, ronco el grito, inflamada, heroica, magnífica? El corazón anduvo libre por plazas y calles. El congreso de hoy se afana por expresarlo. Ahora, vidrios rotos representan la consistencia frágil, los gritos cobran la dignidad de las ideas. Caracteres esforzados timbraron de heroísmo y de locura los instantes iniciales. Quedaron los sueños vivos y desde aquí los selectos imaginan y construyen. Pertenecemos a esta misma generación que podríamos llamar "la de 1914", y cuya pavorosa responsabilidad alumbró el incendio de Europa. La anterior, se adoctrinó en el ansia poco escrupulosa de la riqueza, en la codicia miope, en la superficialidad cargada de hombros, en la vulgaridad plebeya, en el desdén por la obra desinteresada, en las direcciones del apropecuarismo cerrado o de la burocracia apacible y mediocrizante.

Fugábase la espiritualidad; hasta el viejo "esprit" de los criollos —gala de la fuerza nativa, resplandor de los campamentos lejanos en

donde se afianzó nuestra nacionalidad—, iba diluyéndose en esta grisácea uniformidad de la conducta, y enredándose en las oscuras prácticas de Calibán. El libro recién llegado —cualquiera que fuese su procedencia y su calidad—, traía la fórmula del universo y la única luz que nuestros ojos podían recoger. Asumía el carácter de un símbolo: el barco no llegaba y entonces el rumor de la tierra perdía sentido y hasta el árbol familiar callaba su voz inefable.

No importaba que unos pocos espíritus de escritores salieren cantando de la selva con el hacha al hombro. En los ojos traían copiadas las líneas esbeltas y ágiles de la montaña nativa; el corazón venía hecho paisaje de campo. Eran como islotes de la raza en donde se hubieran recogido todas sus fuerzas vivas. Llegó con ellos la fe en los destinos de la nacionalidad. Y, precisamente, irrumpieron en las ciudades, cuando la turba cosmopolita era más clamorosa, y nuestros valores puramente bursátiles.

Entraron a codazos. De escándalo en escándalo, de pugilato en pugilato, llamaron sobre sí la atención. Y en todos los campos se inició la reacción. La primera y la más gloriosa y enteramente solidaria con las demás, fue la cruzada literaria. Las penúltimas generaciones estaban espesas de retórica, de falacia verbal, que transcendía a las otras falacias, pues lo que en el campo literario era grandilocuencia inútil, en el campo docente simulación clínica o pedantería hueca, en la vida comercial fraude o escamoteo, en el campo de la sociabilidad ostentación brutal, vanidad ciega, ausencia de real simpatía, en la vida familiar duplicidad de enseñanza, y en el primado moral enajenación de rancias virtudes en favor de vicios ornamentales.

Entonces, se alzaron altas las voces. Recuerdo la de Rojas; lamentación formidable, grave reclamo para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al alma nacional; para darnos conciencia orgánica de pueblo. El centenario del año 10 vino a proporcionarle razón. Aquella no fue la alegría de un pueblo sano bajo el sol de su fiesta. Fue un tumulto babélico; una cosa triste, violenta, oscura.

El Estado, rastacuero, fue quien nos dio la fiesta. Es que existía una verdadera solución de continuidad entre aquella democracia romántica y esta plutocracia extremadamente sórdida. Nuestro crecimiento no era el resultado de una expansión orgánica de las fuerzas, sino la consecuencia de un simple agregado molecular, no desarrollo, y sí yuxtaposición. Habíamos perdido la conciencia de la personalidad.

Volvemos hacia la contemplación de la propia tierra, y hacia la de nuestros hermanos: "adentrarnos" en nosotros mismos y encontrar los hilos que nos atan a nuestro universo en las fuerzas que nos circundan y que nos llevan a amar a nuestro hermano, a labrar nuestro campo, a cuidar nuestro huerto, a dar de nosotros todo lo que los demás piden, ser como el buen árbol del bosque nórdico del recuerdo de Bravo, que mientras más hunde sus raíces, más alto se va para las estrellas y más vasta som-

bra proyecta para aliviar la fatiga de los errantes viajeros: tal parece ser el sentido de lo que llega.

Dos cosas —en América y, por consiguiente, entre nosotros—, faltaban: hombres y hombres americanos. Durante el coloniaje fuimos materia de explotación; se vivía sólo para dar a la riqueza ajena el mayor rendimiento. En nombre de ese objetivo, se sacrificó la vida autóctona, con razas y civilizaciones; lo que no se destruyó en nombre del Trono, se aniquiló en nombre de la Cruz. Las hazañosas empresas de ambas instituciones —la civil y la religiosa—, fueron coherentes. Después, con escasas diferencias, hemos seguido siendo lo mismo: materia de explotación. Se vive sin otro ideal, se está siempre de paso y quien se queda lo admite con mansa resignación. Es ésta la posición tensa de la casi totalidad del extranjero y esa tensión se propaga por contagio imitativo a los mismos hijos del país. De consiguiente, erramos por nuestras cosas sin la libertad y sin el desinterés y sin el “amor de amar” que nos permita comprenderlas. Andamos entonces, por la tierra de América, sin vivir en ella. Las nuevas generaciones empiezan a vivir en América, a preocuparse por nuestros problemas, a interesarse por el conocimiento menudo de todas las fuerzas que nos agitan y nos limitan, a renegar de literaturas exóticas, a medir su propio dolor, a suprimir los obstáculos que se oponen a la expansión de la vida en esta tierra, a poner alegría en la casa, con la salud y con la gloria de su propio corazón.

Esto no significa, por cierto, que nos cerremos a la sugestión de la cultura que nos viene de otros continentes. Significa sólo que debemos abrirnos a la comprensión de lo nuestro.

Señores: la tarea de una verdadera democracia no consiste en crear el mito del pueblo como expresión tumultuaria y omnipotente. La existencia de la plebe y en general la de toda masa amorfa de ciudadanos está indicando, desde luego, que no hay democracia. Se suprime la plebe tallándola en hombre. A eso va la democracia. Hasta ahora —dice Gasset—, la democracia aseguró la igualdad de derechos para lo que en todos los hombres hay de igual. Ahora se siente la misma urgencia en legislar, en legitimar lo que hay de desigual entre los hombres.

¡Crear hombres, hombres americanos, es la más recia imposición de esta hora! Y bien, señores. El mal ha calado tan hondo, que está en las costumbres del país. Los intereses creados en torno de lo mediocre —fruto característico de nuestra civilización— son vastos. Hay que desarraigarlo, operando desde arriba la revolución. En la Universidad está el secreto de la futura transformación. Ir a nuestras universidades a vivir, no a pasar por ellas; ir a formar allí el alma que irradie sobre la nacionalidad; esperar que de la acción recíproca entre la Universidad y el Pueblo, surja nuestra real grandeza. La confederación de los espíritus realizada en sus formas suplantará a las otras. Poco a poco las formas milenarias irán siendo reemplazadas. Probablemente la organización de

los pueblos se realizará conforme al tipo de una cierta Universidad, que todavía no hemos delineado, pero al que se aproximan en mucho las universidades americanas. Y yo tengo fe en que para estas cosas y para muchas tan altas como ésta, viene singularmente preparada nuestra generación. En palabras recientes he dicho que ella trae una nueva sensibilidad, una posición distinta e inequívoca ante los problemas universales de la cultura.

Frente a los primeros arrestos he reafirmado mi fe, recordando las expresiones augurales con que un poeta amigo se dirige al espíritu de las montañas. Donde quiera que esta juventud ensaya algo, se advierte ya la presencia del espíritu que ha de culminar en su vida.

Siempre se debe decir la verdad que se piensa. Y yo, honradamente, pienso que lo que este congreso ha hecho es expresar aquella sensibilidad, tanto en la corazonada que lo reunió, como en el espíritu que le animó.

Esto quedará no como una fórmula hecha, sino como un anhelo. Ese anhelo debe recogerlo quien sepa servirlo, pero, ante todo, ustedes deben agitarlo como fermento de fe. Tal vez los políticos comprendan poco lo que está pasando en el alma de la juventud de nuestra patria. Y si han de recoger ese anhelo que lo recojan maduro, que antes de una colaboración, sea más bien un reconocimiento: la fabricación de algo existente. Este congreso no puede ser una meta, sino el tránsito a otro congreso, y en ese tránsito de un año, debéis difundir el espíritu que os abraza. La revolución que ha comenzado, yo creo, no estaría satisfecha, con una ley solamente, porque, como enuncia la recordada frase de Nelson, éstos son más que problemas de leyes: son problemas de almas. Y el alma que ha de producir la solución de todos los problemas clarea ya. La he visto asomar en este congreso, que es el único puro, el único que, en cierto plano, tiene realmente el país en esta hora triste para la inteligencia y el carácter de los que actúan.

Por vuestros pensamientos pasa, silencioso casi, el porvenir de la civilización del país. Nada menos que eso, está en vuestras manos, amigos míos.

En primer término, el soplo democrático bien entendido. Por todas las cláusulas circula su fuerza. En segundo lugar, la necesidad de ponerse en contacto con el dolor y la ignorancia del pueblo, ya sea abriéndole las puertas de la Universidad o desbordándola sobre él. Así, al espíritu de la nación lo hará el espíritu de la Universidad. Al espíritu del estudiante lo hará la práctica de la investigación, en el ejercicio de la libertad, se levantará en el "stadium", en el "auditorium", en las "fraternidades" de la futura república universitaria. En la nueva organización democrática no cabrán los mediocres con su magisterio irrisorio. No se les concibe. En los gimnasios de la antigua Grecia, Platón pasaba dialogando con Sócrates.

Naturalmente, la Universidad con que soñamos no podrá estar en las ciudades. Sin embargo, acaso todas las ciudades del futuro sean univer-

sitarias; en tal sentido las aspiraciones regionales han hallado una justa sanción. Educados en el espectáculo fecundo de la solidaridad en la ciencia y en la vida; en los juegos olímpicos, en la alegría sana; en el amor a las bellas ideas; en el ejercicio que aconsejaba James: ser sistemáticamente heroicos en las pequeñas cosas no necesarias de todos los días; y por sobre todo, en el afán —sin emulación egoísta—, de sobrepasarse a sí mismos, insaciables de saber, inquietos de ser, en medio de la cordialidad de los hombres.

Señores congresales: No nos desalentemos. Vienen —estoy seguro— días de porfiados obstáculos. Nuestros males, por otra parte, se han derivado siempre de nuestro modo poco vigoroso en afrontar la vida. Ni siquiera hemos aprendido a ser pacientes, ya que sabemos que la paciencia sonríe a la tristeza y que "la misma esperanza deja de ser felicidad cuando la impaciencia la acompaña". No importa que nada se consiga en lo exterior si por dentro hemos conseguido mejorarnos. Si la jornada se hace áspera no faltarán sueños que alimentar; recordemos para el alivio del camino las mejores canciones, y pensemos otra vez en Ruskin para decir: ningún sendero que lleva a la ciencia buena está enteramente bordeado de lirios y césped; siempre hay que ganar rudas pendientes.

Discurso de clausura del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, reunido en Córdoba. Deodoro no participó en él, pero fue especialmente invitado a cerrarlo, y leyó esta pieza en la madrugada del 31 de julio de 1918.

LA REVOLUCIÓN DE LAS CONCIENCIAS CÓRDOBA, 1918

Gracias, amigos.

Desde la primera prueba de simpatía personal, comprendí lo que también podría haber de impersonal en este acto con que la cordialidad de los unos y la generosidad de los otros quería honrarme.

Y lo acepté sencillamente, pensando en aquellos recios y bravos muchachos que bajo el cielo de Córdoba cumplen, mañana a mañana, la intención escrita en unos versillos del Rig Veda que Ortega y Gasset recordara a los jóvenes en un ensayo inolvidable: "*¡Señor, despiértanos alegres y danos conocimiento!*". Conforme a la vieja plegaria se levantan con el día, los labios llenos de canciones, y en disposición dionisiaca van a las horas dolientes. Yo los he visto subir toda cuesta cantando, y hacer, alegremente, cosas terriblemente serias. De pronto una racha heroica ha alumbrado todas las caras. Las almas diríanse tocadas de conmovedores presagios. De tal suerte más de una vez he asociado el espectáculo a lejanos recuerdos: lo que cuenta Lemaitre entre aromas de libros viejos. Había una vez una colonia arcade enclavada en medio de los campos, junto al Tíber. Evandro era el rey y Pallas su hijo, criatura grave y piadosa. La existencia de sus habitantes ruda y sencilla. Cazadores, labradores y soldados a la vez, porque tenían que defenderse continuamente de las agresiones de los volskos y de los rútuos. La casa del rey tenía techumbre de bálago. Pero en ese rincón de tierra parecían germinar fuerzas misteriosas. Un bosque cercano a la aldea inspiraba particular veneración. Los arcades decían: "*No conocemos al Dios, pero allí habita un Dios*". Y es que el bosque aquél señalaba el sitio de la futura ciudad de Roma. Pero en aquellos tiempos los lobos tenían allí sus madrigueras, las garduñas cavaban sus cuevas debajo de la roca que había de ser después la Roca Tarpeya, y el Capitolio no era más que un terromontero cubierto de maleza.

Para Córdoba se ha cumplido primero el oráculo de los destinos felices. Como en el recuerdo de Lemaitre, todavía no conocemos al Dios, pero el bosque arde y la presencia sagrada se advierte de más en más. En ese resplandor yo he visto anticipos de las jornadas que vendrán. Corre un estremecimiento nuevo. La voluntad heroica mira tranquila hacia graves empresas. Ya sabe cómo se pasa por la maleza, cómo se combate a las

alimañas, cómo se atraviesan las tempestades, y sobre todo conoce la fuente de donde procede, y sabe cómo no se es enteramente uno mismo sino cuando se ama. No puede darse lo que no se tiene. Las primeras revelaciones perdurables, los tesoros más ciertos, las verdades más fecundas, nos esperan dormidas adentro de nosotros mismos, aguardan quietas el soplo que las anime, el dolor que baje a buscarlas y las devuelva a los otros en heroísmo, en amor, en esperanza, en fuego creador. Dormido está el Dios, dormida está la ley, dormido está el hombre: el único hombre.

Las fuerzas del mundo son susceptibles de ser ordenadas en relaciones armoniosas sólo por la voluntad que resplandece en la fe de los hombres que se han conquistado. Toda empresa de hombre conquistado es, necesariamente, empresa de amor. Toda empresa eterna es empresa de amor. Así se llega al corazón de la vida: "uno mismo". Así se aclara el universo. Así se denuncia nuestra presencia. Así se nos reconoce y se nos deja pasar. Si nada somos, nada podremos dar; si nada tenemos, nada podremos hacer. A poco rato caeremos en el tumulto ciego, no se oirán las claras voces interiores, agria y dura será la soledad. Como Sísifo estaremos condenados a no avanzar un ápice en la labor de todos los instantes; "agitados" y nunca "activos", erraremos por las cosas golpeándonos como pájaros ciegos o buscándonos inútilmente entre la algarabía de los demás. Circularémos entre la multitud vana y locuaz, perdidas las grandes rutas del mundo. Y en esa espantosa soledad, el odio y todo lo que empobrece la vida crecerá profusamente. Será el intercambio tenaz. Así, si tomáramos al azar un puñado de gritos de la calle, apretaríamos el odio fugitivo, temblando cobarde en las manos.

Y bien: o somos pájaros de barro o somos pájaros ciegos. Y no volaremos libres con nuestros sueños por el cielo de la patria, mientras no tengamos sueños que nos levanten, mientras nos detenga fuera el afán de la torpe y vana conquista, mientras no cambiemos el dolor viril por el amor creador.

Vengo de Córdoba y aún no se ha borrado de mis pupilas el perfil ligero de la sierra —urna de emociones—, que decora el horizonte vecino, y el sol, vasto y dulce, de aquel ámbito trasparente, aún lo siento cantando en mi sangre y poniendo en los ojos fiestas de luz. En esa luz y entre el aliento de esa sierra, han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una generación. Enseñoreada en el Estado, en la propiedad, en la iglesia y en la familia, regía una tiranía clérico-conservadora. Favorecida acaso por ella misma se extendía una potente vida interior. Sin la quietud letal de las lejanas villas andinas y nórdicas, el silencio dulce de aquel ambiente provinciano es propicio para lo que D'Ors llama, en su "Filosofía del hombre que trabaja y juega", "*la voluptuosidad de pensar*". Alternan, proporcionadamente, la congestión febril de las grandes ciudades y la íntima paz de la provincia. El corazón está más cerca de la tierra y más abierto a las emociones sencillas. La categoría triunfa sobre la anécdota. Los problemas se ven desnudos en sus líneas esenciales. La conciencia del

país se hace patente. Un buen día dijeron: no tenemos maestros; éste es uno de los males más graves que padece el país; procuraremos tenerlos. Acabemos con una mentira que todos inciensan.

Y, en momentos de angustiosa desorientación, la comprobaron y la derribaron.

La universidad representaba el embrutecimiento metódico, la corrección de todo entusiasmo, el ajusticiamiento de toda renovación. Y fueron contra la universidad. Y se levantaron como movidas por el mismo interés, desde todos los puntos del horizonte, y armadas de todas armas, una a una, las instituciones, a defender la universidad que las blasonaba. Y entonces esos rocios y bravos muchachos fueron contra la universidad, contra la iglesia, contra la familia, contra la propiedad y contra el Estado. Había estallado la revolución en las conciencias. Y la lucha se hizo formidable. No fue un entusiasmo de tránsito el que llevó a la calle, en memorables jornadas, a aquellos lindos muchachos. Fue una verdadera revolución, una conciencia muy serena y muy honda de los problemas nacionales, una responsabilidad muy grave afrontada con plena capacidad y con la alegre voluntad de los fuertes. En esa generación de luchadores puede decirse que no se advirtió multitud; cada uno representaba un valor afirmativo y cada uno cumplió con lo suyo en la exacta medida. Un motín se ahoga en su propia pequeñez. Una revolución se encauza en las grandes corrientes de la vida. Por eso la iglesia, la familia, la propiedad y el Estado hubieron de replegarse tocados en su injusticia representativa.

La juventud de Córdoba ha dado al país lo que tenía, lo que había conquistado en los remansos de la vida interior. Ha puesto su hombro robusto y el viejo tipo de la universidad argentina, burocrática, podan-tesca y doctoral, ha caído. Deja de avergonzarnos una mentira más. La sensibilidad que traen las nuevas generaciones irá poniendo de relieve las que quedan. Estamos atentos y prontos para las nuevas jornadas.

Discurso en el banquete que le ofreciera el Ateneo Universitario de Buenos Aires, presidido por Horacio Pozzo; octubre de 1918.

LA UNIVERSIDAD Y EL ESPÍRITU LIBRE

"Qué dicha la de vivir en tiempos tan trascendentales..."
(Trotzky, al inaugurar la Tercera Internacional)

Vivimos una hora solemne. El mundo está preñado de acontecimientos. El grandioso proceso de renovación se adueña de las ideas, de los seres y de las cosas. Está anunciado el advenimiento del hombre. Una "sed de totalidad" abrasa las almas, y por el aire cruzan cantos de revolución. Junto a los graves ecos de la tragedia se sienten ráfagas de la contenida alegría del mundo, que pugna por volver. Es el libre juego de las fuerzas vitales que viene creando. Es la mutilada cosa humana que deviene persona. Es el grito y el amor del hombre que se redime. Es el hermano que liberta, libertándose. Acaso —sentimos con el divino glosador— esté cercano el día en que las almas de los hombres puedan volverse de poniente a levante y de norte a sur, y acariciar todas las remotas lejanías y adivinar algo, un poco más allá de las remotas lejanías...

* * *

Nada más doloroso y trágico, en la historia de la servidumbre, que la servidumbre de la inteligencia, la servidumbre de la cultura, de la profesionalidad de la cultura. Hay que reconocer con Nicolai, que nunca, desde que los hombres hacen ciencia, se ha visto a los que son vanguardia en las luchas del espíritu, mostrarse tan entusiastas de la eficacia de la fuerza bruta; que jamás los investigadores de la verdad han apoyado con tan pocos escrúpulos a las oscuras fuerzas de reacción y dominación. La ciencia al uso, pagada de sus métodos, con sus éxitos fáciles, con su espíritu escolarizado, ha venido adoctrinando a sus adeptos en una concepción conservadora del mundo y matando en sus servidores toda fe en la convicción personal, temerosos de dar —conforme al bello decir del maestro berlinés— el salto creador, de la oscuridad de la teoría a la completa tiniebla del futuro. ¡Cuán distinta el alma de los sabios, en aquella alba romántica del 48!

Pero las posibilidades del hombre son ilimitadas. Toda conquista fecunda de la personalidad o de la ciencia es poema de rebeldía: de amor y dolor, a un mismo tiempo. Al resplandor de las vidas heroicas se alumbran los caminos del Hombre, y también los obstáculos que los atraviesan. Con razón ha podido decir Gorky a Romain Rolland, al pedirle que

escribiera la vida de Beethoven: "Nosotros, los adultos, los que pronto dejaremos este mundo, legaremos a nuestros hijos una herencia bien pobre, una vida bien triste. Esa estúpida guerra es la prueba evidente de nuestra debilidad moral, del empobrecimiento de nuestra cultura. Recordemos, entonces, a los adolescentes, que los hombres no fueron siempre tan débiles y malos como lo somos desgraciadamente nosotros."

La servidumbre de la inteligencia, que analizara D'Ors en un áureo libro, aliada con el optimismo cobarde, es el más fuerte puntal de las armazones actuales. Ahita del presente, temerosa del futuro, prostituye a la ciencia que, según es sabido, en su más pura y elevada forma sólo da a la humanidad las armas para la lucha y para el progreso, sin preocuparse de cómo se aprovecharán estos medios. Es por eso que llamada a ocupar posición en la gran lucha de intereses colectivos en que ha entrado el mundo, se apresta a defender el Orden, ese orden que amparan su hartazgo, su insensibilidad y su cobardía. Se llama a sí misma "la clase intelectual", "la clase inteligente". ¡Oh, función de las clases; oh, encanallados funcionarios! Presos en las redes de las pequeñas miserias humanas —insiste Nicolai— no se distinguen de la masa de sus hermanos no científicos que con toda paz y tranquilidad trabajan, ganan dinero y desean vivir cómodamente. Atados a la clase dominante, su función es la de estructurar las jerarquías y valores que la definen. Mientras los hombres sigan mutilados, no aparecerá el Hombre. Cuando éste aparezca, pleno en la posesión de sí mismo, habrá otra luz en el mundo. Se derrumbarán por sí solos los falsos valores que hacen monstruosa, que deforman, la vida libre, original, espontánea.

El punto más elevado de la conciencia humana es la Idea del hombre. La consigna oscura, tácita, del siglo XIX fue ésta: hay que desintegrar la educación que pide el desenvolvimiento de todas las fuerzas y sentimientos humanos, dentro de la ética de la educación para el trabajo que apareja la necesidad de dotar a todo hombre de la conciencia cultural —esa inmensa perspectiva de educación social, anticipada por los más puros pensadores y entrevista ya en la *República* de Platón. Hay que retardar el advenimiento del hombre. Lo que por sí sola no haga la potencia de los instrumentos centrales de dominación, deberá ser realizado por los lacayos de la inteligencia.

Desde entonces se distribuye con férrea consigna, por escuelas y universidades, un ejército resonante de asalariados intelectuales, de domésticos doctorados, de dómines verbalismos y pedantes, de parásitos de la cultura. A una libertad y a una igualdad puramente teóricas del ciudadano, en el estado político —conquista suprema de la nueva clase dominante, arrojada al dolor de los eternamente vencidos—, corresponde, todo a lo largo del siglo XIX, una abyecta esclavitud y desigualdad económicas. Este orden de cosas se legaliza. Los Códigos cristalizan las inapropiadas estructuras sociales. Roma —pueblo rapaz, si los hubo— sirve de arquetipo. Reviven sus instituciones y ayudan a consolidar las nuevas situaciones

de usurpación y de violencia. Detrás de los códigos, se alinean las bayonetas. Más atrás, los maestros ahuecan la voz, indiferentes al dolor de la vida, sacuden los textos milenarios, y el "admirable" espíritu del derecho romano brota de sus labios, limpio como una espada. La tiranía de clase deviene un sistema cerrado y la ignorancia es un resorte educacional, un otro instrumento gubernativo.

Cunde el virus de la democracia parlamentaria. Como dice Tabor-da, "posee la virtud de la sombra del manzanillo para la fecunda inferencia". Crea una peligrosa y enervante ilusión colectiva. Parece la anchura definitiva que ha de encauzar los afanes vitales. Humo de opio, por cuyas espirales se asciende a los mitos edénicos. Y a medida que el pueblo eterno se marchita en la oscuridad de las minas o se despedaza en el trabajo embrutecedor de los talleres y las fábricas, se asegura la dominación en los establecimientos educacionales. Mientras el alma del Hombre duerma o se mantenga mutilada, mientras se pueda operar en ella, todo temor será vano. De ahí esa ignominia, que separa, desde los primeros bancos de escuela, a los hijos de los pobres de los hijos de los ricos; de ahí esa prolija enseñanza unilateral y calculada que se insinúa en la ramazón de las clases: escuelas adaptadas a objetivos parciales, a categorías predefinidas; de ahí esa hostilidad a los arrestos de la pedagogía social —reclamada por tantos pensadores ilustres, desde Pestalozzi a Natorp—, que exige la educación por y para la comunidad, conforme a la abstracción con que lo aniquila; de ahí esa hostilidad hacia la escuela única, que se realiza en nuestros días bajo la fórmula de Lunacharsky: "la escuela unificada del trabajo", que —como dice María de Maetzu— reclama para la sociedad el derecho absoluto de la educación del pueblo, negando a la familia el presunto derecho de educar a sus hijos, y combate la organización actual de la escuela que escinde, a sabiendas, la unidad humana.

Pero si los poderes de privilegio, de mentira, de dominación, proseguían tenaces en su obra de aletargar la conciencia histórica, el instinto vital reaccionaba con creciente eficacia. A costa de infinitos dolores la rebeldía surgió en el campo proletario. Fue adentrándose en las almas la cálida visión de una humanidad superior. La gran guerra vino a poner al desnudo toda la miseria moral de nuestro tiempo. Todos los valores fueron ardientemente revisados. La norma había ido marchitándose, encogiéndose, pudriéndose. Y la Universidad era, en los días inmediatos el refugio supremo de las normas, haciendo parte de un sistema más vasto, reflejaba en su agonía la decadencia de un régimen. Los grandes creadores de fórmulas de virtud taumatúrgica habían desaparecido. Quedaban sus sombras, sus caricaturas: sobadores de textos, fríos coleccionistas del saber, adocenados y estériles, guardianes medrosos de una quincallería inútil.

Y un día, los jóvenes, inquietos de hondas y lejanas inquietudes, sintieron un asco invencible. Abrieron las puertas y tomaron lo suyo, sin pedirselo a nadie. Animaba sus mentes un profundo anhelo de renovación. El pueblo, con instinto seguro, comprendió el significado recóndito de

aquella cruzada iconoclasta. Advirtió oscuramente —acaso más ciertamente, que los mismos actores— su amplio contenido ético y social. Leyó la clara razón de su ceguera. Y dióse todo entero a la causa de los estudiantes revolucionarios. Yo he visto correr la sangre generosa de los obreros en las calles de mi ciudad mediterránea. En Santa Fe, La Plata, Rosario, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile, en todo lugar donde hubo un puñado de hombres libres que arremetiera contra la vetusta armazón educacional, el pueblo se sintió conmovido. Y con la misma anchura de ritmo cordial, vibró su alegría en las horas diáfanas, compartió sacrificios y dolores en los días angustiosos de la derrota o del desaliento.

Y los jóvenes tomaron las Universidades proclamando el derecho a darse sus propios dirigentes y maestros. Pero bien pronto, acicateados por esa misma honda y lejana inquietud, van comprendiendo que el mal de las universidades es un mero episodio del mal colectivo, que la institución guarda una correspondencia lógica con las demás instituciones sociales, que el problema ya no es sólo el de darse buenos o malos maestros. En el antiguo régimen, los buenos maestros tenían que ser, fatalmente, los peores maestros. Mansamente se seguirá cumpliendo la obra de mutilación del Hombre, en las especializaciones profesionales y de clases.

El problema es muy otro ya. Mientras subsista la odiosa división de las clases, mientras la escuela actual —que sirve cumplidamente a esa división— no cambie totalmente sus bases, mientras se mantenga la sociedad moderna constituida en república de esfuerzo que, como dice "Xenius", tienen por ley común la material producción, el lucro por recompensa, las universidades —a despecho de unos pocos ilusos— seguirán siendo lo que son, lo que tantas veces se ha dicho de ellas: "fábricas de títulos", o vasta cripta, en donde se sepulta a los hombres que no pueden llegar al Hombre. Por un lado; la ciencia hecha, lo de segunda mano, lo rutinario, lo mediocre. Por el otro, la urgencia de macerarse cuanto antes para obtener el anhelado título. Y, como siempre ha acontecido, la inteligencia libre y pura estará ausente; la ciencia que se supera oficiará ante otros altares.

Esto me parece que debo decirlo ahora, claramente, sin vacilaciones ni temores, en el aire nuevo de esta Universidad que se abre.

Por de pronto, mientras se orienten los rumbos, no os preocupéis de expedir títulos profesionales. Que el Estado o los particulares reconozcan la capacidad técnica por otras vías. Preferid más bien, por ahora, extender certificados de estudios y trabajos cumplidos.

* * *

Los problemas iniciales de la Reforma han sido superados. Un fuerte soplo de vida corre por el mundo aventando las cosas muertas. ¡Cuidado! A una concepción fragmentaria del hombre ha sucedido una concepción integral, henchida en la sustancia de su propio destino. Cada día un mayor número de hombres se sienten tocados de la nueva luz, de la nueva fuerza

creadora. El mundo saldrá transfigurado. No habrá oposición irreductible entre el trabajo del músculo y el trabajo de la inteligencia. El mundo conocerá una cosa nueva: la alegría del trabajador. Porque el trabajo —tal como lo soñaba Wilde—, será la expresión bella y noble de una vida que encierra en sí algo de hermoso y levantado; de una vida de hombre.

Recuerda aquél que, en la carrera de antorchas que corrían los jóvenes griegos desde el campo de Marte del Cerámico hasta el templo de la diosa de la sabiduría, recibía un premio no sólo el que llegaba primero a la meta, sino el que primero partía con su antorcha luciente. Así, en los fastos de la civilización y el pensamiento libre, no olvidemos tampoco nosotros a los sencillos hombres del pueblo, a los que fueron los primeros en alumbrar esa sagrada llama, cuyo resplandor acrecienta nuestros pasos.

Discurso pronunciado en Rosario el 15 de setiembre de 1920, en representación de la Universidad de Córdoba y de la FUC, al inaugurarse la Facultad de Ciencias Económicas del Litoral. La fotografía de Deodoro Roca que aparece en "El difícil tiempo nuevo" y que inspira el retrato del presente volumen, corresponde a dicha oportunidad.

SUPRESIÓN DEL DOCTORADO EN DERECHO

H. Consejo:

El problema de los estudios que debe comprender el doctorado y la abogacía está pendiente. Pretendo haber encontrado la mejor solución.

Mucho se ha discutido sobre esto. Todas las soluciones parten de la base de que ambas instituciones —el doctorado y la abogacía—, deben ser mantenidas. ¿Cómo? ¿Dentro de qué relaciones? Ahí va el problema. Unos sostienen que la abogacía debe comprender lo estrictamente profesional y el doctorado, en cambio, las materias de especulación científica, impropriamente llamadas teóricas; en una palabra, dos órdenes graduales, pero independientes, de estudios: dos “ciclos”. Otros quieren que lo profesional constituya un todo indivisible con lo doctoral. Salvo la exigencia pueril de una tesis para el “doctor”, este último es nuestro sistema. Algunos preconizan el primero con una bifurcación en dos ramas doctorales independientes: doctorado en ciencias jurídicas y sociales, doctorado en ciencias jurídicas y políticas. Al respecto hay precedentes en universidades extranjeras.

Del primer sistema se dice que tiende a formar un profesionalismo anémico, sin horizontes científicos, sin raíces en “la totalidad” indispensable a toda buena cultura jurídica. La enseñanza del derecho “vigente”, separada de las ciencias que lo condicionan y de las disciplinas que lo humanizan, será definitivamente fragmentaria, dogmática, estéril. De quien sólo sabe Derecho Civil, por ejemplo, puede afirmarse que ni aun Derecho Civil sabe. Puedo afirmarse lo mismo de cualquier otra dirección particular del derecho, que en definitiva es también una dirección *particular* de la cultura humana.

Al segundo sistema se le acusa de “hibridismo”, de que “deforma el curso profesional en cuanto contiene orientaciones pronunciadamente científicas que le son inmediatamente ajenas” y que “empequeñece el curso doctoral por cuanto lo subordina al espíritu dominante en el profesional” (Colmo). Valgan para las objeciones del segundo las del primero. Este mote —“hibridismo”—, carecería de sentido si no quisiera significar, acaso, la necesidad de *jerarquizar* estrictamente, en diferenciación progresiva, las enseñanzas que se dan en la Facultad. El mismo profesor Colmo —para mí nuestra primera autoridad en cuestiones de didác-

tica universitaria—, observa que es un error creer que hay entre el derecho de los dos ciclos otra diferencia que no sea gradual o formal y que la enseñanza del derecho, como ciencia que es, debe ofrecer un carácter sistemático y ser contemplada en lo orgánico de su contenido y trabazón. Jerarquizando, pues, desaparecerá (en la enseñanza) el “hibridismo”.

El mismo autor, discurriendo sobre la pobreza que se observa en lo “universitario” de nuestras facultades, aboga por la implantación de disciplinas propiamente universitarias, comunes a todos los estudios, y expresa lo que en ese sentido correspondería hacer “imprimiendo a los educados una dosificación filosófica y sintética que los saque del especialismo inherente a los estudios de cada Facultad aislada; que se les muestre que en derecho, por ejemplo, no todo en la vida de un abogado se reduce a leyes y a pleitos, pues corresponde ligar el fenómeno jurídico con los demás hechos sociales —económicos, políticos, morales, etc.— que lo condicionan y explican, y contemplarlo desde la altura de la general conducta humana, con relación al fondo psicológico que le es propio, al ambiente en que surge y vive, y a los ideales orientadores de cualquier actividad, individual o colectiva, de un medio humano organizado”.

* * *

La ley impone a las universidades la obligación de formar profesionales. Esto es claro y nuestros medios no nos permiten contrariarlo. Yo pienso que las universidades no deben formar profesionales: pero ya que esa tarea nos es ineludiblemente impuesta, procuremos integralizar la cultura del profesional hasta que llegue el momento de orientar la Universidad por otras vías y asignarle la función que claramente le corresponde. Eso está en nuestros medios. Eso podemos hacer. Mientras se preparen los materiales de la nueva universidad con que soñamos, derribemos una a una las instituciones características de la vieja, las que más claramente indican su deformación. Por ahora comencemos con ésta.

Todas las soluciones parten, como dije, de la base de que el doctorado es una institución seria. Yo pienso, en cambio, que debe ser suprimida. Alguna vez hay que enterrar a los muertos. Y el “doctor” es cosa sin significación vital alguna, muerto que está insepulto. La de “hacer” doctor es una práctica cerrada, asunto que no atañe en realidad a la cultura. Se llega a ser doctor como se llega a ser mayor de edad: sin que el interesado pueda evitarlo. Además, significa una mentira, muchas veces pintoresca, que la Universidad fomenta por rutina. Lo más que la Universidad hace es preparar “hombres”, que pueden llegar a ser “doctos”, a culminar en una dirección cualquiera de la cultura. El grado de perfección que éstos después alcancen, o la obra que realicen, permitirá distinguirlos, y éstos serán los verdaderos doctores dentro de la acepción que el título comporta en su primitiva y genuina significación del “estímulo” que para el trabajo o investigación científica

ficación. Lo demás es caricatura, y no se arguya con el socorrido argumento de que el deseo de obtener el título, y que de tal manera quedaríamos en el "crudo profesionalismo" y se malograría todo espíritu de investigación. Si recorremos la historia de la ciencia veremos que ningún progreso, ningún paso fecundo, se ha realizado a base de tan deleznables apetitos. La historia de las ciencias es al mismo tiempo la historia de oscuros heroísmos, de ejemplares abnegaciones y humillaciones. En suma, la aspiración a ese título no satisface otra cosa que la vanidad de los mediocres. Antes siquiera habilitaba para el magisterio. La reforma general de los estatutos universitarios del país lo ha hecho innecesario y prácticamente no responde a exigencia alguna. Ya no hay leyes que consagren privilegios al título doctoral, propiamente. En otras épocas los "doctores" formaban algo así como una casta o como una pequeña clase social, con sus privilegios y sus fueros. Hasta se distinguían en sus vestiduras con sus birretes y mandiles, que hoy se guardan, como curiosidad, en vitrinas de museo. Poco a poco, la putrefacción en que fue entrando y el creciente desarrollo del espíritu y de las formas democráticas, acabaron por derribar todo ese armatoste. Pero todavía algo se conserva en la evaluación corriente, en las defectuosas jerarquizaciones, por más que casi todo lo que aun resta sólo quede sirviendo de pasto a una vanidad un tanto descentrada del tiempo. Ya hasta los campesinos se ríen de "mi hijo el doctor", cuando no lo corren. Por lo demás se trata de una dignidad para obtener la cual no se ambiciona poner esfuerzo alguno. Todos son doctores. Al menos, entre burlas y de veras, así la gente los llama. Y ellos mismos —un 99 por ciento de los que no poseen el grado—, se dejan llamar y se llaman a sí mismos "doctores". No tienen escrúpulos en ostentarlo en placas y membrales. Y, claro, ¡es tan barato que nadie puede suponer que no lo tengan!

* * *

Busquemos un poco en la historia los rastros del "doctor". Basta abrir una enciclopedia cualquiera.

Una breve ojeada nos permitirá apreciar la institución desde sus orígenes. Veremos así cómo ha descrito enteramente su parábola. Hoy, cuando más, es piedra que, al andar, todos apartan.

Se nos podrá objetar que al ocuparnos del "doctor" llegamos tarde; que invadimos campos que no nos pertenecen. En efecto, hace ya mucho tiempo que las literaturas humorísticas se han apoderado de él, con provecho. Es también tema del que se nutre con frecuencia el sano buen humor popular.

Se nos podrá objetar, también, que el asunto es pequeño en relación a otros de que podríamos ocuparnos, que el nombre de "doctor" es un simple rótulo que ni agrega ni quita nada. Es cierto. Pero como somos nosotros quienes ponemos esos rótulos, no veo la razón para que continuemos incurriendo a sabiendas, en determinaciones inexactas, tratándose de asuntos que se rozan con la cultura.

La voz "doctor" —como es sabido—, derivase de "doctum", supino de "docere": enseñar. El de doctor fue el grado superior de la jerarquía académica. Pero en el antiguo imperio romano designábase con este nombre a quienes se dedicaban a la enseñanza de cualquier profesión, y en este sentido lo eran hasta los instructores del ejército ("doctores armorum o compidoctores"). En todos los escritos latinos prevalece esta acepción: la de "magister". En la edad media comienza a ser cosa privativa de las universidades. Parece ser no obstante que tal denominación —como título o dignidad—, proviene especialmente de la religión israelita, con sus rabinos o doctores de la ley mosaica. Los primeros en recibir ese nombre fueron los doctores de la iglesia, haciéndose extensivo recién en el siglo xii a los profesores de Derecho Civil de la Universidad de Bolonia. Fue célebre la actitud de uno de ellos —Irnerius—, rechazando la adopción del título habiendo preferido conservar su antigua dignidad de "de iudex". En las decretales de los papas se instauran los doctores canonistas. La Universidad de París en el siglo xii, la de Oxford y algunas de Alemania en el xiii, imitaron a la de Bolonia, concediendo los mencionados títulos con el mismo carácter a que nos venimos refiriendo, por más que los términos de "doctor", "magister" y "profesor" se confundieran frecuentemente. Recién en el siglo xv la denominación aparece restringida a las facultades de leyes, teología y medicina, y a causa de los privilegios que fueron extendiéndose a beneficio de los doctores, su posesión —más que una dignidad académica—, fue correspondiendo a los de una verdadera dignidad o clase social. Durante la edad media y parte de la moderna solía acompañarse epíteto para distinguir a los grandes sabios de la época: "doctor angelicus", "doctor admirabilis", "doctor subtilis", "doctor illuminatus", etc., etc. Por fortuna, con los privilegios y abusos consiguientes, el título se fue desprestigiando rápidamente en la edad moderna, y al llegar la "Gran Revolución" había perdido tanto su importancia que Furetiere llamaba a quienes lo poseían "hombres que han olvidado lo que han aprendido". Las Universidades repuntan después y se democratizan. Sacuden su polilla feudal. Su campo de acción social se hace más vasto. Los antiguos privilegios se derrumban en sus formas clásicas pero no desaparecen. Se transforman y se adaptan a los nuevos objetivos de la Universidad en consonancia con los planes de la sociedad naciente. No resucitan los fueros del feudalismo universitario, pero al amparo del Estado, operando en otros campos, se forma la llamada "clase de los intelectuales", oprobio de toda la centuria. (En el reciente acto inaugural de una nueva universidad argentina tuvo la oportunidad y la satisfacción de ocuparme de ella.) El "doctor" es su plata labrada, su amorosa creación, algo como un remedo de antiguas ejecutorias de nobleza. Los lustrosos burgueses de la sociedad actual empujan en tropel a sus hijos hacia las universidades, sin consultar el destino armonioso que asegura a todo hombre el rumbo de su vocación, anhelosos sólo del título doctoral, creyendo así poner reflejos de

grandeza sobre jerarquías decadentes. Siquiera sea por *modestia*, suprimamos este título aparatoso cuyo contenido deleznable o mejor dicho, cuya falta de contenido, hemos apreciado. Veremos que, sólo con esa pequeña cosa, el peregrinaje universitario, para muchos, carecerá de sentido.

OTROS ASPECTOS DE LA VIDA UNIVERSITARIA:

a) *Los seminarios.*

Este proyecto sugiere la necesidad de atender a otros aspectos de la vida de la Facultad: aparte de la docencia misma, favorecer la vida intelectual, autónoma, de los estudiantes. Y se nos presenta la cuestión, tantas veces discutida, de los seminarios, de las monografías y de los premios. Respecto de lo primero no caben muchas discusiones sobre la conveniencia de ensayar entre nosotros el régimen de los seminarios, que desarrolla en los estudiantes el espíritu de investigación personal. Con mi distinguido colega el doctor Orgaz nos ocupamos de estudiar este asunto. Una vez reunidos los antecedentes que nos son indispensables, someteremos nuestro proyecto a la decisión del H. Consejo.

b) *Las monografías.*

A este propósito he creído oportuno reproducir un proyecto de ordenanza que presenté al Consejo el 1º de enero de 1919. Como no podemos imponer a los estudiantes esos trabajos, el modo propuesto me parece ser la más eficaz reglamentación de las monografías. Debemos ir preparando la supresión de los exámenes, sistema radicalmente malo y universalmente fracasado. Debemos ir creando, poco a poco, los "sustitutivos" del examen, hasta que llegue la hora de suprimirlo totalmente.

Esta parte del proyecto vendría a ser complemento de otro anterior sobre clasificaciones y trabajos monográficos, que mereció la sanción del H. Consejo, y que el Consejo Superior —invadiendo evidentemente atribuciones de los consejos directivos—, modificó más tarde. Es también —y sobre todo—, una puerta abierta a la dignidad de la pobreza.

Actualmente, el estado de pobreza del estudiante en relación a los crecidos derechos que para el pago de inscripción y exámenes la Facultad impone, se hace valer previa sumaria información: en *súplicas de los estudiantes*, por una parte y en *limosnas del consejo*, por la otra. Esta es la triste verdad de lo que ocurre, a pesar de los eufemismos con que la disimulamos. Y esto no debe ser así. El régimen actual es malo, por muchas razones. Malo para el estudiante, porque los medios de acreditar y hacer valer su pobreza no conciben con la natural dignidad de la misma; en los hechos es inseparable de la idea de favor, facilita la confusión del meritorio con el que no lo es, repugna a muchos justificarla en forma de sumaria información ante los jueces, por la violencia moral que

acarrean los modos y objetivos incógnitos de estos trámites, en cuanto son públicos, y repugna aun más el procedimiento privado de certificarla por intermedio de dos personas, en razón del favor un tanto depresivo que las vincula al estudiante; favor por otra parte relativamente fácil, como lo acreditan con frecuencia los hechos diarios, circunstancias que les da un dudoso valor probatorio, no pudiendo sin embargo en la práctica desdenarse esta casi única prueba. A pesar de la frecuencia con que se la emplea, conozco a innumerables estudiantes realmente pobres y llenos de aspiración y talento, que pasan toda suerte de penurias antes de atreverse a emplear este recurso. Otros no resisten el apremio de sus circunstancias y con repugnancia y todo lo emplean. Todo esto es malo y desde luego desagradable para el estudiante. Malo también para la universidad. Desde el punto de vista de los altos intereses que como consejeros atendemos, el sistema que combato no sólo es malo sino pésimo. No consulta el criterio democrático de la idoneidad. La Universidad no se pregunta —siempre dentro de su pretérito punto de vista—, si aquél a quien exime de pagar derechos tiene o no aptitudes sobresalientes que justifiquen la excepción que con él se hace. No se preocupa de crear un derecho a lograrse por la aptitud sin recursos, un estímulo veraz a las vocaciones salientes. Cuando más, estimula la vanidad pueril y reglamenta lo artificioso. De ahí los sistemas de clasificaciones numéricas que, desgraciadamente, se han reimplantado; lo decorativo e inútil de medallas y diplomas que debiéramos suprimir. Mientras el principio de la no gratuidad de la enseñanza superior se mantenga, principio con el cual no estoy de acuerdo, aunque se explique en universidades restringidas del tiempo anacrónico, encaminadas al profesionalismo parasitario y burocrático —las nuestras, de finalidades sociales muy distintas por cierto del tipo al cual aspiran las grandes democracias actuales—; mientras aquel principio se mantenga, decía, nosotros no podemos contemplar el caso del estudiante que simplemente carece de recursos para continuar su carrera, sino el del estudiante que agrega a esa circunstancia la de su capacidad, y la prueba.

¿Cómo probar esa capacidad? No es posible que lo sea enteramente por medio de los exámenes. No existen grados de lo suficiente en esas pruebas de naturaleza alcatoria, a las cuales a pesar del contralor severo a que se las somete, se les ha dado ya su significación precisa. Están en las monografías del aula, que los profesores, conforme a la ordenanza vigente, deben proponer a los estudiantes. ¿Por qué no hacer de ellas un modo especial de vincular a los estudiantes al aula? Siendo la asistencia voluntaria, las monografías deben ser miradas como frutos de las preocupaciones científicas y de las disciplinas sugeridas en el aula misma. Insisto en que se debe volver al sistema de las únicas clasificaciones: *suficiente e insuficiente*. Los exámenes se conformarán con el trabajo desarrollado en el año. Ahora bien, a las monografías debe asignárseles un rol especial fuera del que por sí mismas tienen. Nuestro propó-

sito es dejar por este medio una puerta abierta al estudiante distinguido y sobresaliente. El que tenga aspiración y voluntad para destacarse sobre el resto de sus compañeros, sabe que por esa medida tiene el camino expedito y que tal manera no dejará duda alguna sobre sus condiciones de laboriosidad y competencia. Y si esto puede y debe ser así, ¿por qué no utilizar ese mismo resorte para dignificar la pobreza, estableciendo que las dos mejores monografías que se presenten en la materia crean en favor de sus autores, aparte de la consideración a que se hacen acreedores por su esfuerzo, el derecho a eximirse de pagar en el año, por todo su curso, lo que se exige en concepto de matrícula y examen? De este modo se suprimiría en absoluto toda otra manera de acreditar la pobreza y existirían, cuando más en la Facultad, todos los años, cincuenta y ocho estudiantes cuyos estudios costearía el instituto, y que habrían conquistado legítimamente la gratuidad de su enseñanza. Se cumpliría un alto propósito de justicia, se evitaría todo abuso y se atendería a los fines esenciales de aquella excepción, estimulando así, honradamente, el espíritu de independencia y la producción científica de los alumnos. También se aseguraría, en cierto modo, la especialización vocacional, pues sabiendo los estudiantes que con sólo un trabajo premiado se consigue la exención de todo el curso, aplicarían sus esfuerzos principalmente al estudio de la materia que estuviera de acuerdo con sus gustos y aptitudes.

Por lo que se refiere a la parte económica de este proyecto, puedo asegurar que la Facultad sólo dejaría de percibir en concepto de derechos una suma equivalente a la que pierde normalmente por el sistema actual, todo ello con las ventajas enunciadas.

En conclusión, el espíritu de este proyecto aspira a convertir en derecho lo que hasta hoy se va en dádivas.

c) Los premios.

En principio también soy contrario a los premios. Siempre se acomodan a vanidades pueriles. Son artificios inocentes en los juegos de estímulo. Me inclino a la supresión absoluta de los premios, incluso el "premio Facultad", instituido hace años por el H. Consejo. A la Universidad no puede interesarle la pura vanidad personal colmada. Y es sabido que los tales premios y estímulos no llevan fuerza impulsora, no van más allá de la medallita y el diploma. En cambio, a la Universidad puede interesarle otra cosa. Puede interesarle, por ejemplo, enviar todos los años al extranjero, a perfeccionar los estudios en que se hayan destacado, a los egresados de espíritu más selecto, a aquéllos en quienes, por la calidad de sus trabajos, pueda la Universidad fundar esperanzas de que sus sacrificios no serán estériles. Nada de tesis ni de reediciones forzadas, fatigosas. Esas sabemos que deben desaparecer. Están irremediamente desprestigiadas en todas las universidades. Serán enviados al extranjero, no aquellos estudiantes aplicados con igual pasión —o mejor dicho, con

igual falta de pasión—, a todo linaje de materias, sino aquéllos que se hayan aplicado *seriamente* a investigaciones científicas, y así lo demuestren en su concurso anual de trabajos, en donde se procurará que los temas versen sobre asuntos originales, o propuestos de tal suerte que obliguen al aspirante a investigar por su propia cuenta y a poner a prueba sus verdaderos dónos. El menor trabajo, el que revele mayores datos intelectuales y más serias disciplinas, será el preferido; con mayor razón si él viene a ratificar presunciones vehementes sugeridas por las monografías y demás *trabajos* estimables que haya producido en el curso de su carrera. Este será el único estímulo, si así puede llamarse, que la Universidad autorice; establecido no a manera de premio, propiamente, sino con el propósito de que se afirmen aptitudes y se logren para la ciencia los mejores espíritus que pasen por las aulas. La Facultad, naturalmente, debe tomar sus preocupaciones, a fin de no ser burlada en sus propósitos, por más que el solo hecho de la selección, debidamente asegurada, equivalga a la mejor garantía. A raíz de la guerra europea y de las dificultades subsiguientes, las becas fueron suspendidas, para todas las universidales, por un decreto del Ministerio de Instrucción Pública. Habría llegado ahora la oportunidad de reestablecerlas. Discerniéndolas con tino, es el dinero mejor gastado. España, entre otros países, está hoy remozando la universidad con la obra de sus becados.

Las modificaciones que en el curso de este proyecto he venido apuntando son de fácil realización, y salvo lo relativo a la provisión de fondos para las becas, cuya inclusión en el presupuesto debe solicitarse de quien corresponda, todo lo demás cabe dentro de las atribuciones del H. Consejo.

Por consiguiente, guardando estrecha relación las formas propuestas, las someto a vuestra consideración en un solo proyecto.

PROYECTO

La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales resuelve:

Art. 1.º.— Suprímese el grado de doctor en derecho y ciencias sociales y los exámenes de tesis.

Art. 2.º.— Derógase toda disposición reglamentaria de premios que la facultad deba otorgar.

Art. 3.º.— Créase, para cada asignatura, un concurso de monografías con los temas propuestos por el profesor respectivo durante el año. El concurso se cerrará un mes antes de la época reglamentaria de exámenes finales. Durante ese mes el profesor, juntamente con la comisión de premios, señalará los DOS MEJORES trabajos que se hayan presentado en cada asignatura. Sus autores *quedarán* dispensados de derechos de exámenes y matrículas correspondientes al curso oficial al cual pertenezcan, y se los devolverá lo que en tal concepto hubieran abonado. Si los trabajos no reunieran los méritos suficientes, podrán ser todos desestimados.

Art. 49.— Si el estudiante es declarado insuficiente en el examen de cualquier materia, pierde de inmediato el derecho adquirido por el artículo anterior, debiendo repetir en su caso lo que se le haya devuelto.

Art. 50.— En lo sucesivo no se admitirá otra exención que la reglamentada en la presente ordenanza.

Art. 60.— Todo estudiante de los beneficiados por el art. 1º puede transferir sus derechos en favor de aquél que le siga en orden en cuanto al mérito de los trabajos, siempre que ellos, a juicio del tribunal, reúnan los elementos generales.

Art. 70.— Créase una beca anual para realizar estudios en el extranjero, con la asignación de ciento cincuenta pesos oro mensuales, para el estudiante egresado que fuere favorecido en el concurso que reglamenta el art. 8º.

Art. 80.— A los efectos del artículo anterior se abrirá un concurso anual de trabajos u obras, que deberán versar sobre diez temas que el H. Consejo propondrá en marzo de cada año. Aquéllos deben ser presentados antes del 1º de diciembre del mismo. Podrán participar en él los ex alumnos, hasta tres años después de egresados.

Art. 90.— El tribunal que discierne la beca estará compuesto de cinco miembros que designará el Consejo todos los años. Tres de ellos deberán ser consejeros. Los aspirantes pueden solicitar la inclusión de nuevos temas, y el Consejo los considerará previo informe del tribunal sobre su mérito.

Art. 100.— La beca durará dos años. Antes de ausentarse, el becado dará cuenta a la Facultad, sobre los estudios a que piensa dedicarse, y lugar o lugares en donde residirá. Deberá realizar las comisiones que la Facultad le encomiende, y elevar los informes pertinentes bajo pena de suspensión de la beca. A su regreso presentará un trabajo que versará sobre la materia a cuyo estudio se hubiere dedicado. Los becados estarán sujetos al contralora del patronato nacional de becados.

Disposición transitoria.— Elévase con sus fundamentos la presente ordenanza, por intermedio del H. C. S., al P. E. Nacional, solicitando la inclusión en el presupuesto de la partida necesaria.

Deodoro Roca presentó este proyecto, siendo consejero y profesor de Filosofía de la Facultad de Derecho de Córdoba, en octubre de 1920.

PALABRAS SOBRE LOS EXÁMENES

¡Exámenes a la vista! Bolilleros. Bolilleros, más bolilleros... ¡Con sus inconfundibles dispositivos de juego! Como todos los años, vuelve a las sienes juveniles el presuroso latir de los días de examen, sobrecoídos, azarosos. Días de palideces, fiebres y vagas iniciales exprimidas por el tiempo implacable y premioso. Se ahoga en ellos la risa y la canción. Una emoción indefinible, angustiosa, serpentea en el pecho. Novia desvanecida, cine misterioso y lejano, guitarra colgada en las paredes de la pensión, charla encapotada, parque sellado... Afuera, rumores y perfumes estremecidos. El deseo se hincha y torna con el breve ritmo de un seno. Dulce vagar, recogido y enrollado. Guarda-polvo y texto. Tardes de noviembre. Exámenes. ¡Lotería, lotería!

El alumno acude con su número. No siempre saca premio. Hay que pasar de alumno a médico, a abogado, a ingeniero... Y se aguarda nerviosamente la aparición de un bedel (todos los que preguntan son bedeles). Es como llegar a un alero y sostenerse ahí. O caer y —moralmente— descalabrarse. Alguien no cae. Pero con toda valentía se mata en el mismo alero. Es lo mismo que llevar al alumno al filo de una roca y —como Satán a Cristo— decirle: *"Todo esto será tuyo si me respondes a estas preguntas, si tienes suerte con estas bolillas desde donde te miro"*.

El alumno mira la irreal riqueza que se le muestra, y entrega, por ese falso botín, su alma indefensa y simple.

Lo humano, lo verdaderamente humano, sería irle apuntando, a lo largo de su vida de aprendizaje, qué cosas y qué ideas no "parecen" convenirle; qué cosas y qué ideas le serían de fácil adquisición... El problema del adiestramiento, la elección del trabajo fértil, el de la educación "total", en suma es el que debiera mantener alerta la mente de los maestros. Por eso lo recuerdo en estos días pesarosos, ya que el examen debiera quedar catalogado —para siempre—, entre los "juegos prohibidos", en defensa de la inteligencia.

La culpa —lo sabemos—, no es de tal o cual profesor satánida. Es de tal o cual sistema. De un "régimen" de enseñanza que no es la superior, ni la inferior, y ni siquiera la doméstica o la oficial, sino toda la enseñanza contando con raras excepciones. Toda la enseñanza —expresada así en el vetusto examen—, está fraguada apuntando al éxito. Hace

dependen de un éxito, de una buena jugada, a veces toda una vida. Y nada debiera depender de él mientras se ofreciera como un desafío en el que nunca el alumno suele elegir las armas y el terreno. Mientras se presente como premio a unos momentos de feliz gimnasia. Y ni siquiera de gimnasia mental, sino mecánica. O como "recompensa" a una prueba donde innegablemente intervienen factores tan extraños al conocimiento como son: la audacia, la agilidad memorativa, la seducción verbal... Y lo grave es que esos factores siguen conformando más tarde la mente y la acción de sus beneficiarios. Y se hacen jugadores para toda la vida.

Las pruebas de un alumno deben durar toda su infancia, toda su adolescencia. Y unos años, no unos minutos; unos años durante los cuales deberá escoger por sí mismo su texto, después de haber averiguado —o al tiempo de averiguarlo— su preferencia, su afición. Años en los cuales por sí mismo —en vista no de una tradición doméstica o un prejuicio confesional— ha de enfocar sus posibilidades por un único desfiladero. Porque llega un momento en la vida de los padres —y llégase muy pronto frente a la vida de los hijos— en que es preciso ceder terreno en el culto de la obediencia y de la disciplina, tan útiles siempre a nuestros mayores. Han de pensar en irlos sustituyendo por otras: ¡por la independencia y la acometividad tan molestas siempre a nuestros mismos mayores! Y si estas virtudes —las verdaderas, las positivas—, llegaren en su leal desarrollo a destruir la obra incipiente del padre o del maestro, poco importa.

Una vida nueva exige rumbos nuevos. La verdadera educación —muchas veces lo leímos, pero pocas lo vimos practicado—, es tanto como ensayo de desarrollar la atención, el deseo de comprender, el respeto a lo que comprendan, deseen y digan los demás. Rigor para sí, justicia para los otros. Atención para todo y para todos. La verdadera educación, la formación que ella anhela, debe ser siempre abierta. Y no debe fomentar la fe, sino la duda; no la credulidad, sino la oportuna y desnuda pregunta.

La falsa educación —y entiendo por *educación* la formación integral—, la que tiene en su heráldica el examen, la educación juego, azar, "lance", ominosa aventura, se nutre necesariamente de respuestas oficiales a preguntas más "oficiales" todavía. Se nutre —como dice Jarnés—, de diálogos preconcebidos. Se nutre de premios y castigos, bárbaramente llamados "estímulos" (hablo de barbarie educacional). Conforme observa Bertrand Russell, va concebida "como medio de adquirir un poder sobre el alumno y no de favorecer su futuro desarrollo".

La falsa educación —;toda la nuestra!—, reposa en una cabal falta de respeto al discípulo. Nadie respeta al discípulo. La piedra milenaria del examen, parada estos días, a la puerta de los establecimientos educacionales, así lo denuncia. Hay que respetar al hombre que llega, indefenso, al mundo. Hay que ser con él más solícito. Hay que respetarlo mucho más profundamente que al hombre de itinerario ya en marcha o acabado.

"Mientras en el mundo no se respete, principalmente, al niño —dice ese magnífico espíritu que es Benjamín Jarnés—, a todo el niño (y lo mejor de él es su independencia en germen), mientras no se le respete mucho más que al hombre formado o al anciano, el mundo seguirá lleno de adolescentes envejecidos".

¡Menos loterías, señores profesores! Los exámenes, las verdaderas pruebas —aunque así se llamen—, deben cifrarse no en las respuestas de los discípulos, sino en sus preguntas. De la desnuda y oportuna pregunta del discípulo debe inferirse su curiosidad, su capacidad, su aptitud, la calidad de su espíritu, su grado de saber y su posibilidad. La única relación legítima y fecunda que debe trasuntar un examen que aspire a salvarse, es la de un discípulo que pregunta y la de un "tribunal" que responde. ¡Son ustedes los que deben "rendir", señores profesores!

Mientras esto no ocurra, se seguirá oyendo en escuelas, liceos, colegios y universidades, las dramáticas y fatídicas palabras del "croupier" docente:

—"¡No va más!"..

Aparecido en el Nº 1 de "Educación", revista del Instituto Pedagógico de la Escuela Normal Superior de Córdoba, dirigida por Taborda, en noviembre de 1942; como homenaje a Roca, que escribiera tiempo atrás esta breve y brillante página.

EL ÚLTIMO OLIGARCA

I

La impresión de este libro responde al propósito de dar cierta unidad a los artículos de Carlos Sánchez Viamonte: unidad referida no a la concepción y al estilo, sino al tiempo de su publicación. Unidad sucesiva —diríamos— conveniente, en este caso, para suprimir ese intervalo malogrador que improvisa a la curiosidad del público la lectura interrumpida. Pues ocurre que se pierde, a veces, la atención tras la anécdota de un suceso banal y no vuelve a retomársela en seguida por ese punto final que deja sin corporeidad el capítulo siguiente. Y, después, el lector ya no tiene memoria para ir anudando, con clarividencia retrospectiva, todos los puntos de enlace del tema propuesto. El espacio entre dos artículos suele ser como puente de plata por donde se va la paciencia de ciertas gentes, sobre todo cuando es tema político que no a todos conforma. La unidad busca, así, la alianza de muchas cosas y aún de la exactitud.

Hay otro motivo por el cual EL PAÍS edita "El último caudillo". Un motivo de actualidad, sin duda, presa en las alusiones a cosas, hombres y sucesos del momento, pero con opción a la historia. Esto le da a la labor periodística un carácter de cohesión, una jerarquía y permanencia que no puede contenerse en la fugacidad de "esa hoja impresa que aparece todas las mañanas".

En cierto modo el libro significa un acto de fe notarial que hace más valedera y eficaz la labor del autor. Al sacarla del tumulto la fija en un momento de la realidad, sustrayéndola al tropel fugitivo de los acontecimientos. Y aún cuando ella le crea otras resistencias, su nueva textura ha de servirle de cimiento para resistirse luego a sí misma y permanecer.

Todos los capítulos de este volumen han aparecido semanalmente —cada jueves— como tarea periodística, en parte, pero también como anticipo de un trabajo de más aliento. Sobre los valores de esta pluma vehemente de periodista, bien aplomada sobre su mesa de escritor, digámos con motivo del primer artículo:

"Carlos Sánchez Viamonte inicia hoy su colaboración semanal en las columnas de EL PAÍS. Grata promesa para nuestros lectores. En las "Jornadas" nerviosas y densas de "Carlöncho" brillará la prosa —siem-

pre aguda y flexible como un florete— de este singular hombre de letras y de acción, lúcido, apasionado y fervoroso, sediento de nueva ordenación. Se vive en esta hora —¡los que viven!— la crisis más profunda de la historia. Son los días tormentosos de los valores. Y Carlos Sánchez Viamonte es de los que atienden —como decía Renan— el rumor que parte de todos los puntos del horizonte. Profesa el culto de la vida. Ofrece el raro ejemplo de realizar, en el orden de la acción, sus ideas. En la cátedra, en la conferencia, en la tribuna, en el libro. Y las vive peligrosamente. Pero no sufre la páfida impaciencia de los términos. Cifra y ejemplo de su generación, es de los que veneran a la Atena Promakos, en estas tierras turbias de tradiciones insepultas y de caudillos anacrónicos. Pudo ser fácilmente un enérgico jefe de mesnadas. Resistió entero, sobrio, los halagos del éxito inmediato. Estando magníficamente dotado y situado, prefirió apartarse de la sensual vocinglería, permanecer fiel al destino de su generación, de esa generación hostil a las clasificaciones políticas al uso, que realizó el milagro del 18, que anima una formidable revolución cultural y que prepara la nueva conciencia de América. Esa generación se asoma en Sánchez Viamonte. Se la reconoce en la limpieza de su conducta pública, en su afán de justicia, en la pureza de su ideal, en el depurado gusto estético, en el pensamiento creador, en las ráfagas de aliento humano que brotan de la obra, en la actitud resuelta ante la vida.

"Hoy la labor de esa generación parecerá lenta o retardada, los días negros. No importa. A su tiempo lucirá el sol, llegará el día en que esa generación asuma la integral función rectora. Al amanecer del día venidero se hallará que los panales estaban rebosantes de miel porque las abejas habían trabajado toda la noche".

II

Ocorre a veces, que un soñador o un niño se desojen en el intento de sorprender en el cielo crepuscular el instante en que aparece cada uno de los primeros luceritos. Tensa está la curiosidad; bien vigilante la atención; obsesas las pupilas. Nunca, sin embargo, da la prueba el resultado apetecido. Obstínase una lívida soledad en el punto justo donde con tanta gana se observaba. Algo ha "pasado", en cambio, un poco más lejos. Nada había allí; ahora, resplandece la más brillante de las estrellas. Sin querer, préndese la mirada en su luz. Y el segundo fugacísimo en que esto ocurre es "aprovechado" por el primer pedazo de cielo para florecer, a su vez, en uno, en dos puntos diamantinos. Quien más mira, menos ve. Se diría que la noche juega así al escondite, con un espionaje impío.

Algo semejante ocurre con las realidades sociales. Con más frecuencia nos sorprenden al nacer, que las sorprendemos nosotros a ellas. Donde con ansias muy vivas esperábamos, no ocurre nada. Lindero al campo de nuestra atención es donde florecen las luces nuevas. De pronto advertimos

que están ahí, desde hace rato —por donde menos las esperábamos— perfectas y adultas. Han aprovechado de nuestra distracción para apuntar. Están aquí, sin que todavía las haya advertido nadie. Creaciones súbitas de la realidad, “mutaciones bruscas” de la vida, no han traspuesto aún “el dintel de la sensación”, para la gacetilla ni para la historia. Porciones de vida que escapan a las clasificaciones al uso, como aquellas porciones de verdad que escapan a la ciencia. En el campo de las realidades sociales esas porciones de vida, aparentemente imprecisas y errantes, que brotan desatendidas, son las que más interesan. Y es que cobran sentido, precisamente, en los períodos de tránsito, en los períodos crepusculares. En esas porciones de vida en aparente dispersión se enlazan distantes, a medida percibimos de pronto donde no la imaginábamos, está intacto el sentido de lo que vitalmente se está creando, de lo que tendrá vigencia en un mañana pronto, de lo que irrumpirá con vigor el día menos pensado. Si andábais distraídos, o si —aun aplicados a mirar— nada veáis, reparad que nuevos luceros han brotado en el cielo crepuscular de nuestra patria. Nuevas porciones de vida en aparente dispersión se enlazan distantes, a medida que cierra la noche y la soledad se pone más lívida. Y en ese enlace, unos brillan más altos que otros. Pero la calidad de su luz es la misma. Uno de esos puntos cifras —el que ahora más brilla y nos sirve para referir los otros— hasta hace un instante desatendido y ahora guía de los demás, es Carlos Sánchez Viamonte, órgano de sensibilidad fina de nuestra mocedad, el que hoy por hoy articula como nadie el vasto descontento de la mocedad argentina, el que la traduce más fiel y directamente. Representa la claridad y la fuerza de la “nueva” generación, de la auténtica. Y los más veraces impulsos de su voluntad civil y política. Y de una juventud que llega, impaciente, a la acción. Y que siente el paradójico retardo de su país, asombrada de su gigantesca inmovilidad. Y que poco estima como digno de ser conservado de un pasado exhaustivo. Viene a enterrar a sus muertos y trae fiebre de hacer, de crear. Puede engendrar, por eso mismo, si se la apura, las reacciones más rápidamente revolucionarias.

* * *

Este libro sigue en su trayecto la descripción de la parábola “radical” argentina. Y la aparición y el curso de una vida casi fantasmal: la del “último caudillo”, en realidad el último oligarca. Y de una curiosa oligarquía: senil y decrepita. Los últimos treinta años de la vida política argentina, por un singular destino, parecen como ligados a la estricta biología de ese déspota ridículo, doblado en apóstol. Desde cierto punto de vista, su examen sería la tarea de un biólogo. Y en cierta manera Sánchez Viamonte la cumple. El futuro individual del caudillo ha corrido paralelo al de la fuerza política que representa. La senectud del “caudillo” es, ahora, cabalmente, la senectud de su partido —el de “la causa”— cronológicamente diferenciado del “régimen”, al cual sucediera.

El "régimen", en verdad, se prolonga en la "causa". En lo real y concreto de las conductas la "causa" se ha parecido sobremanera a los usos del antiguo "régimen". No podía menos de serlo. Es indiferente el aforo que se haga de las diferencias entre ambas. La diferencia ha sido mayor o menor. Pero cuantitativa. En formato extremo y caricaturesco hemos vivido, en lo político, estos últimos años lo mismo que con un cariz hipócrita y discreto constituía la realidad de la vida argentina antes de 1916. Y ha sido providencial que esto ocurriera. Porque en esa edición con letras todas mayúsculas, y en ese tono desaforado y estruendoso hay alguna probabilidad de que los argentinos hayamos aprendido lo que era la verdad de nuestra vida pública. El "régimen" fue la desnaturalización de la vida pública. Salvo unos cuantos grupos próximos al Estado, el resto quedaba fuera de ella. Cuando tal o cual vez iba a movilizarse históricamente, aquellos grupos se lo impedían. Prestidigitaban. Desmoralizaban. El "régimen" se preocupó sólo de sí mismo, como tal régimen y nunca de los auténticos destinos nacionales. Con el advenimiento de la "causa" irrumpe en la vida pública ese tipo de hombre que Ortega y Gasset ha llamado el "hombre-masa", cuya principal característica consiste en que sintiéndose vulgar proclama el derecho a la vulgaridad y se niega a reconocer instancias superiores a él. En el estrépito y en el hervor de ese ambiente ha crecido el "último caudillo", que con tan habilidosa técnica y agudo espíritu trae a limpia claridad Sánchez Viamonte. Es sin duda el "hombre" representativo de ese argentino medio que irrumpió a la vida pública por simple "ensanche" del viejo cauce electoral, sin que se hubiera correspondido siquiera con la necesidad de una reforma profunda en la contextura del Estado, por la cual pugnaban con creciente fuerza los más vastos sectores del organismo social. De ahí que las únicas diferencias que se acusan en ese estrépito de la vulgaridad que es la "causa", con relación al "régimen", consisten en una volatilización de las clásicas virtudes rectoras, coincidentes con un proceso oscuro de mediatización en todos los órdenes. Nadie, nada, asciende; todos, todo, desciende. Y se nivela en el hombre chabacano, formalista, huero. La sociedad se llena de vasos comunicantes. Nadie está en su puesto. Las jerarquías asumen formas caricaturales. Las de antaño eran artificiosas y desvitalizadas, aunque cumplían hasta cierto punto eficientes disciplinas. Las de ahora son grotescas y se enraízan a una conciencia sucia en las estimativas sociales y en la vital cuestión de obediencia y mando. Una enorme desmoralización íntima, desarticula, a este respecto, todos los resortes de la vida pública. Ese encallamiento que la desborda no es otra cosa que la aceptación, como estado habitual y constituido de una irregularidad, de algo que, mientras se acepta, sigue pareciendo indebido. El vicio constitutivamente fraudulento del "régimen" fue ese. Y también de la "causa". No radicó en una manera de elegir, en cosa electoral, sino en una manera de constituirse, y de reglar la relación de autoridad. Y tan es así que la "causa", en vez de suprimirlo, lo ha acentuado y lo ha puesto al desnudo.

En vez de oponerse a ser imperada por quien su íntima conciencia rechaza, ha preferido falsificar todo el resto de su ser para acomodarlo al fraude inicial. Impera un egoísmo laberíntico, que no va a ninguna parte, que da vueltas y revueltas en un mismo lugar. "No se va a ninguna parte". Esa es la realidad de este movimiento "histórico", de "reparaciones institucionales". Vivir es ir disparado hacia algo, caminar hacia una meta. "La vida humana, por su naturaleza propia —dice Ortega— tiene que estar puesta a algo, a una empresa gloriosa o humilde, a un destino ilustre o trivial. Por otro lado, si esa vida mía, que sólo a mí me importa, no es entregada por mí a algo, caminará desvencijada, sin tensión y sin forma. En estos años asistimos al espectáculo gigantesco de innumerables vidas humanas que marchan perdidas en el laberinto de sí mismas por no tener a qué entregarse. Todos los imperativos han quedado en suspenso. Librada a sí misma, cada vida se queda sin sí misma, vacía, sin tener qué hacer. Por eso se dedica a falsas ocupaciones, que nada íntimo, que nada sincero, impone". Y este fenómeno es impresionante en la Argentina de hoy, al punto de que Ortega y Gasset lo señala como una de sus dimensiones. Hoy es una cosa, mañana otra, opuesta a la primera. Esas son las galerías del laberinto. Eso es el laberinto: un camino que no lleva a ninguna parte, que se pierde en sí mismo, de puro no ser más que caminar dentro de sí. Nos hemos quedado sin empresa, perdidos en un andar que es también un desandar y en un hacer que es también un deshacer. Por eso seguimos históricamente en donde estábamos en 1916. A veces se habla de dictadura, de tiranía. Y un alarmismo ingenuo da sus gritos agudos, que se pierden en la desatención general. Nada más extraño que eso a nuestra realidad. Nadie dicta nada. Nadie tampoco manda. El "puro" mando es la presión violenta que se ejerce sobre los demás. Esta se da en las tiranías o en las dictaduras. En las primeras se sirve al interés personal e intrascendente del déspota que nunca coincide con el de la colectividad social. En las segundas se sirve al interés de un grupo invisible de déspotas que se expresa en un simulacro de interés colectivo. Entre una y otra forma de presionar hay una identidad esencial y una vaga diferencia formal. En una y otra hay un servicio monstruoso, infecundo, de término necesariamente breve, pero que se cumple. El mando, a su vez, consiste en una presión que se ejerce sobre los demás, pero no sólo en eso. Mandar tiene doble efecto. Se manda a alguien, pero se manda algo. Y lo que se manda es, en definitiva, la participación en una empresa, en un destino histórico, en un programa vital, común, que rompe los particularismos del egoísmo individual y ensancha el área vital de un pueblo. Eso es mandar. Pero en este país, en esta hora, ni se "dicta", ni se manda. Dedicados a falsas ocupaciones, incapaces de esfuerzo creador, de una parte se reace en las inspiraciones de lo rutinario —la musa estúpida y conservadora— que poco a poco congela la vida. De otra parte se cae en la inercia moral, en la esterilidad intelectual y a poco vagar por esos laberintos: en la barbarie omnípoda. Esas visiones son las que en esta hora angustian a la nueva generación

argentina, que no está por cierto en ninguno de los rumbos políticos vigentes. Apenas si tiene nombre. Hasta ahora sólo había acusado su presencia en un campo de lucha "desatendido": el de la "reforma universitaria".

* * *

La nueva generación se expresa por primera vez en el campo de la enseñanza superior, en momentos de aguda crisis. Y de crisis mundial. La juventud se siente gravemente amenazada. Cobra conciencia dramática de su problema y lo vive profundamente. Estremecidas ondas mundiales, pasada la guerra, le comunican un fervor religioso. Siente la necesidad de salvarse. En ese pequeño mundo se adiestra. Resume para ella todos los males que la amenazan vitalmente. Y choca contra ella. La universidad oficial canaliza y expresa acabadamente la sensibilidad y el pensamiento que moviliza a todas las instituciones rectoras. Es como el espejo en donde la sociedad se mira. Propugna un tipo de enseñanza servil que escinde la personalidad humana y la incorpora al sistema vigente. En primer término los jóvenes que viven el dramatismo de nuestra edad creen que todo el mal se resume en los problemas de la técnica educacional. Sólo más tarde advertirán que los rebasa. Y se aplican a ellos. Nacida la actual enseñanza pública en la atmósfera intelectualista y positivista del siglo último conserva aún este carácter, que no se corresponde con las aspiraciones y la realidad vital de nuestro tiempo. El puro enseñar cosas, o —peor aún— símbolos de cosas, sin relación con la vida y el interés patético del niño y del joven, que constituye el objetivo de la escuela actual, no satisface ya a la pedagogía nueva que recoge los módulos de este tiempo. Frente al puro saber de cosas se levanta la necesidad de vivirlas. A la mera intelección pasiva se opone la creación activa; al conocimiento superficial, la vida profunda. Esta dirección es la que alienta en las primeras rebeldías de la nueva generación contra los dómines pedantes, serviles, troglodíticos y huecos de la vieja universidad. La enseñanza intelectualista llegaba, por fortuna, exhausta. Apuraba su crisis. Contra ella se aplicó de momento la reacción de los jóvenes sintiendo palpar en sí el ser complejo que ha de ser educado en su totalidad y no parcialmente como hacía la escuela intelectualista que infecciona todavía todos los grados de la enseñanza. Sin menospreciar, desde luego, a la inteligencia y al conocimiento —partes integrantes de la vida misma— sino colocándolos en su debido lugar, subordinándolos a las hondas raíces vitales: impulsos, tendencias, aspiraciones, voliciones. Educación transida de "vivencias". En esa dirección apuntó el espíritu vivo de la juventud de la "reforma". Esa fue "su" empresa. Pronto afloró lo que traía oscuro dentro de sí: los auténticos "temas" de su tiempo, un mensaje nuevo y "distinto". La vena viva y fluente de esa juventud sugería una visión nueva de los problemas, pregustaba un nuevo estilo de participar y de influir. Anunciaba también el entusiasmo de una alegre y fina seriedad. Cada generación ensaya pro-

cedimientos y estilos diferentes a los aportados por la anterior. Una aptitud viva, una visión renovada, es el signo de las generaciones que aspiran a distinguirse, a hacer algo, a crear algo. Y acaso como ninguna otra la generación de la reforma venía cargada con el sentido de su tiempo, en medio del aturdimiento vano, del espectáculo angustioso y frívolo de las demás, sin continuidad ni trayectoria, apartadas de un quehacer propio, de una ocupación formal, de una tarea con sentido. Una tarea, un programa, un repertorio vital, era, precisamente lo que esa generación traía y la distinguía con rasgos precisos y enérgicos de las demás. Es por eso que de pronto ha suscitado una atención nunca lograda por las anteriores. Sus voces inesperadas, estremecidas de rumores vitales, aparecen en todos los puntos, y donde nadie las esperaba, como brotan los luceritos del crepúsculo. Y en este triste atardecer son las únicas luces, auténticas, que brillan sobre los ojos y sobre los caminos. Esa juventud de pulso lleno, de distinta y renovada visión, brinda su repertorio vital y aspira a vivir con plenitud el período histórico que le ha tocado en suerte. Merced a ella, pronto, todas las ideas fósiles darán una vuelta de campana, todos los muertos serán enterrados.

* * *

El "movimiento de la juventud" de nuestro país está enlazado, por múltiples puntos, al de la juventud de todos los países. Constituye un mundo por sí mismo. "La renuncia al individualismo del aislamiento —dice Spranger— es lo que parece distinguir el actual movimiento de la juventud con respecto a los anteriores. Lo plenamente nuevo es la confección de la "comunidad de vivencia". La vivencia central en el movimiento de la juventud es el "despertar" a la "comunidad". En ese despertar está la vivencia de un renacimiento. Por eso se sienten llenos de un espíritu nuevo, viviente. De ahí es que se siente en oposición al mundo hecho y fijo de la cultura ya madurada, que le parece a la juventud como inánime, anquilosada, hecha costra. "De ahí —dice Spranger— ese brillo de los ojos, esos signos misteriosos con que se conocen los desconocidos y se saludan al pasar; de ahí la casi escatológica esperanza en la llegada del tiempo nuevo, del pueblo nuevo, del reino nuevo". Episodio, el más dramático, de esa eterna lucha que corre a lo largo de la historia: la defensa del espíritu frente al hombre petrificado. Renovadora perenne de la sal de la tierra; gran izquierda del mundo.

* * *

Un sentimiento de "pureza" ha mantenido apartadas de la política a esas falanges juveniles, "más allá de los partidos". No obstante, se acerca la hora de su acción en este campo. Están prontos a rebasar sus fronteras. Numerosos síntomas lo anuncian. Para esa empresa se toman de las

manos "en el hoy indeciso". "La reforma universitaria —dice Ricardo Rojas— comienza a ser reforma social". Es ya uno de sus más claros imperativos y para realizarla tendrán que ingresar en ese nuevo campo. Un repentino y limpio interés los vuelve hacia él. Y ese interés aparece, precisamente, en su hora. Su contenido no podrá ser otro que el del socialismo o tocado de sus influencias germinales. Pero socialismo substantivo. El socialismo tiene dos aspectos que —aunque impropriamente— denominaremos político y social. En todas partes ha desarrollado con mayor intensidad el político que el social. ¿Por qué? Porque la herencia de la revolución política no estaba arraigada todavía. El socialismo tuvo que completar la obra de las generaciones liberales y burguesas. El máximo programa social articulado como fórmula de socialización —el tránsito de la propiedad individual a la colectiva— es en todo el mundo, incluso en Rusia, una tendencia, un ideario teórico. Han predominado en la acción socialista, hasta ahora, los valores políticos. Pero la dirección socialista de la juventud —y éste es uno de los rasgos visibles de ella— consiste en sentir al socialismo más como escuela que como partido, como coto cerrado. Este sentimiento le aportará su mayor grandeza, le infundirá mayor fuerza de irradiación y le impedirá anquilosarse en las estrechas ortodoxias de esta hora.

* * *

La relación funcional entre lo social y lo político define, en sus variadas expresiones históricas, las formas que asume en cada país el proceso vital de socialización a que hemos aludido. Según Fernando de los Ríos, en tres formas principales se articulan las relaciones entre las fuerzas sociales y políticas. Consiste una de ellas en la vital cooperación entre la libre actividad creadora de la sociedad y los órganos supremos del Estado Oficial. Es ésta —según el mismo autor— coincidente con los ideales de nuestro tiempo. En la órbita de esta concepción civil "comienzan" a girar Inglaterra, los Países Escandinavos, Francia, Australia y aun la propia Alemania, con gran desesperación de Spengler.

Otra forma de relacionar la vida social con la política consiste en apoderarse subrepticamente de los resortes fundamentales de la vida social, resortes de opinión, y controlar públicamente —y por tanto con plena irresponsabilidad— la vida del Estado. Ésta es hoy, en lo social, la expresión característica de los Estados Unidos, situación debida al poder social que ha llegado a adquirir el gran capitalismo, simbolizado en los "trusts", y que ha sido lo suficientemente poderoso para desviar la marcha política que hasta 1880 había seguido aquel país. Esa forma peculiar de actuar políticamente las fuerzas sociales, ha dado lugar a lo que comienza allí a denominarse "Invisible Government"; gobierno de fuerzas invisibles, escondidas, agazapadas, que mueven los hilos del poder público de acuerdo con sus conveniencias privadas y muy a menudo en pugna con el

interés de la colectividad social. Contra esa forma clama hoy lo más puro de la nación y se organiza la lucha. Es dura y desigual. Pero cada día son más fuertes los grupos minoritarios que servidos por la "vocación socialista" de nuestro tiempo —como la denomina Sánchez Viamonte— trabajan por abolir ese tipo de relación funcional. Para impedir que actúen las fuerzas sociales se las sujeta jurídicamente, se las maniatas con prohibiciones y sanciones y se crea un conflicto histórico de dimensiones vastas.

Hacia esa forma de relación entre lo social y lo político nos aproximamos cada vez más. Las "fuerzas de lo social" aparecen maniatadas, aherrajadas, por esas fuerzas "invisibles" que empiezan a galvanizar al Estado en su servicio, hasta cierto punto excluyente. En manos de los hombres de la "causa" apenas sirve ahora para esas andanzas laberínticas de que antes hablara. Pero ya están a punto de entregarlo. Y la sujeción se torna amenazadora a medida que esa vasta "vocación socialista" de la juventud se acentúa y se estructura en normas de acción, precisa y próxima. Cada vez es más grave, más cerrado, en este país, el intento de ese "invisible" ejército de la reacción capitalista y cerril por ahogar la fecunda espontaneidad polémica de la vida civil y por confinar los ideales que empujan el "hoy indeciso" hacia un mañana más pleno. Son esas fuerzas las que se aprestan a paralizar nuestra evolución política y social. Y son ellas las que se sorprenden y las que más se alarman al acusarse en múltiples expresiones de diversa procedencia y matiz "la vocación socialista" de la juventud. Sobre todo, de la ya adiestrada generación de la reforma.

Los órganos de coerción y mutilación van a entrar —en estos pueblos a la vez juveniles y decrepitos— en una actividad convulsiva, movidos por esas fuerzas que se aprestan a dirigir al Estado. Se lo advierte en numerosos síntomas. La auténtica juventud de nuestro tiempo lo ve con ojos superlúcidos y comienza a denunciarlos con su propia acción. El derecho positivo se endurece, cada vez más, en trance de conflicto con la vida espontánea —que en el orden civil está representada por la actividad social— y con la justicia. Se vuelve pétreo, para hurtar su sangre. El derecho es, ciertamente, un orden imprescindible. Pero —como observa el mismo Fernando de los Ríos, alta llama en el abrasado pensamiento español de nuestros días— "debe ser un orden en movimiento, un orden en marcha hacia un futuro siempre abierto. Cuando así no es, cuando las fuerzas sociales no pueden libremente ejercer su presión sobre lo político —estructurando en esa relación el cambiante orden jurídico— es que se ha concebido al Derecho con una mentalidad sacerdotal y se le ha trasmutado en canon de valor dogmático".

Para servir a ese "orden en movimiento", en una fase "acelerada" impuesta por la hora y por la realidad social que vivimos, la juventud se enrolla rápidamente —en la multiplicidad de matices que la integran, sin reparar en las cuestiones "adjetivas", y sin sombra de excomuniones— en la gran izquierda del mundo.

* * *

La presencia de Sánchez Viamonte en las fronteras del campo político les inquieta. No se equivocan al pensar que tras de él se acerca una legión de nuevos combatientes. Y que manejan otras armas. Y que se conducirán con una distinta técnica belicosa. Este libro tiene por eso un valor sintomático. Vale, además, por la "historia clínica y la autopsia" de la actual política argentina. Y viniendo de un joven animador y conductor de "la reforma" tiene, no obstante, un acento magistral. Resplandece ya, en él, una lección política que muchos escucharán. Ha sabido templar la impaciencia de su temperamento luchador en estudios históricos e ideológicos cuya presión no hace sino caldearlo y aumentar su fuerza. El derecho político —así como la historia contemporánea— son para él fuentes vivas, arsenales o parques por donde es gran dolor pasearse solo. Por eso escribe este libro, que, al denunciarlo, denuncia el ideario y también las impaciencias de una generación. La hora, retardada, se acerca. Y Sánchez Viamonte para no desesperar, nutre su fe de conocimiento, y vuelca en este libro acendrado, elegante y expresivo, su bello lujo de energía. A veces nos parecen las notas nerviosas de un oficial de ruta, que conoce su camino, que sabe qué torres son esas que se divisan a lo lejos y qué luces pretéritas son las que nos hacen señales equívocas en el rumbo de proa.

Prólogo y epílogo al libro "El último caudillo", de CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE, editado por el diario "El País", Córdoba, abril de 1930. El prólogo no llevaba firma de Deodoro, sino de "El País".

Conviene recordar que en este periódico, dirigido por Humberto Castello, Deodoro tuvo a cargo la sección "Las obras y los días"; y realizó su más constante labor periodística, hasta la clausura ordenada por Ibarguren.

ESTAMOS EN LO MISMO

A quince años justos del impulso inicial de la Reforma —señalando el itinerario, acaso cumplido, de una generación— estamos en lo mismo. ¿En lo mismo? ¡Peor! No, por cierto, a causa de ese movimiento que sacudió en su base a la Universidad, sino a su pesar. Los factores de la crisis universitaria —que no es una anécdota argentina—, han seguido operando. No hay que olvidar, saltando convenientes distancias, que en sus mejores tiempos la nuestra fue un simulacro de la Universidad sobre el modelo europeo. Si la crisis afecta profundamente a la Universidad europea (véase el lamentable espectáculo de la Universidad alemana de estos días), no puede extrañarnos que los males —algunos específicos— de la nuestra, se agudicen.

Lo más alto que Alemania dio durante el siglo XIX fue la Universidad. Por ello, más que todo, fue respetada en el mundo. Universidad representaba allí, universalización, en una totalidad, de la técnica, de la investigación, de la enseñanza, del espíritu. Los grandes hombres, con su ejemplaridad y con sus teorías, habían dado a las universidades alemanas la más alta atmósfera y la más profunda tonalidad espiritual. Una burguesía rica, optimista, educada en tradición —limpia tradición, no en turbia y falsa como la nuestra—, sostenía todo el sistema. El tipo moral del hombre burgués dio a las escuelas los valores morales que le caracterizaban: técnica, ciencia, enseñanza de Estado. Y como cima de todo —flor y también fruto— se movía el ideal humanitario que Humboldt bien definiera: el ideal de la personalidad, realizándose en el plano de una educación estético-humanística. El Estado-Fuerza era también Estado-Idea. Su concepción del hombre y del universo era entregada a las universidades para su propagación y realización. Pero, mientras el Estado, a lo largo del siglo XIX, va despojándose, poco a poco, de su carácter cosmopolita y humanista y se desarrollan los gérmenes nacionales, la Universidad sigue dictando normas y realizando totalidad. Su fundamento apenas varía. El glorioso sistema parecía dotado de vida perenne. Pero, he aquí que al avanzar la segunda mitad del siglo, aparecen en el escenario de Europa dos hombres, obstinados y terribles negadores, provenientes de las más diversas concepciones filosóficas y diferentes por sus ideales morales. Y niegan los valores culturales y humanos de la Universidad y del Estado. Ambos se apartan de los ideales universitarios del imperio. Marx, en nombre de un humanismo concreto y de una problemática

social; Nietzsche, en nombre de una cultura que tenía que convertirse en sangre y en gesto. Siguiendo a este último, una minoría comenzó a afirmar que había en el mundo algo más que lo alemán. Y los teóricos procedentes de Marx miraron como definitivamente exhaustos los ideales culturales de una burguesía que había ya perdido —como clase— toda significación histórica. Se empezó a hablar del hombre integral, del individualismo de la cultura, de soledad creadora. En este punto preciso, llegó la guerra. Y luego la “crisis” de la post-guerra, que, en un sentido moral, no fue crisis, sino otro momento histórico, al que ha seguido un cambio fundamental en la conciencia de la época. Después, la Técnica. Y con ella el olvido de los ideales de la personalidad. El individuo se ha disuelto en función, ha dicho Jaspers. Ser es ser objetivo. Ser es ser en relación a unas cosas y poder después convertir las en dinero. Y esto, por último, significa un poder, o posibilidad de vivir. Y este es el problema que señala la división de dos épocas.

* * *

La “posibilidad” de vivir se ha convertido para el hombre de esta época en problema central. La seguridad económica se ha problematizado con caracteres dramáticos. Y universales. Porque la burguesía se ha aniquilado como función económica nutricia.

Este fenómeno se lo advierte en la Universidad con máxima claridad. El estudiante medio que a ella concurre llega, en cierto modo, proletarianizado. La inestabilidad de la clase a que pertenece y la inseguridad de la vida, son, a la vez, impulso y contención. Y ocasión para su desborde. De esas fuerzas y de su dramatismo ha recibido Hitler el poder. La técnica y su conciencia social —junto a la proletarianización— han disuelto los antiguos ideales de la Universidad. Constituye aún el “primer” principio de la clásica institución el acuerdo de investigación y enseñanza. Pero se ha transformado en investigación y enseñanza de “técnica”, de “cosas”. Prácticamente ha dejado de ser la formadora de hombres, la engendradora de grandes ideales. Se resigna a ser la gran expedidora de títulos y renuncia a la gran ambición que hiciera su pasada grandeza. La Universidad tiene la mismas grietas que el Estado. Dentro de ella una minoría heroica —gloriosa supervivencia, sin duda— se afana y lucha por salvar siquiera su antiguo decoro. ¿Se salvará? No lo creemos. Todo depende, no obstante, del rumbo que tome el Estado, del cual es casi su sombra. Pero no se olvide que el hombre está elaborando una nueva cultura.

* * *

Pero si aquellos elementos actúan en la “gran crisis universitaria” de estos días, aplicándonos a observar el fenómeno universitario argentino, tenemos que hacer un gran esfuerzo de acomodación a nuestra gran

penuria. Esto no es, ni ha sido nunca "una cosa seria". La Universidad, salvando lo que haya de salvarse, ha sido aquí una cosa de aproximación, un remedo, una imitación, en algunos aspectos deliciosamente cómica. Pero, en su totalidad, penosa. Un grupo de jóvenes sintió en el 18, a lo vivo, el descontento de esa triste bufonada que era la Universidad, pretenciosa y estéril. Y de ese descontento nace la Reforma. Hay que recordar en esta ocasión, con claridad, sus orígenes. Se olvida, con harta frecuencia, de que la exigencia inicial —¡maestros!— sigue justificando frente a la realidad, la posición reformista. La misma penuria, la misma falsificación. ¿La Reforma es la culpable del actual estado de cosas? No. Es que ella ha servido para desencadenar un movimiento de defensa más vasto. Ese aparato defensivo ha salvado no a la Universidad, sino "a esa" Universidad. Al árbol hay que juzgarlo por sus frutos. Salvando lo que haya que salvarse, la Universidad argentina sólo produce "apuntes". Es su gran producción científica. Todavía sus profesores siguen apeteciendo sus cátedras no por la enseñanza sino por la "clientela". Las universidades no son nunca aquí el refugio del pensamiento vital y fecundo.

* * *

La Reforma expresó, desde el comienzo, en forma sin duda oscura, un disconformismo radical y total. Como diría Ortega, su programa era un repertorio vital. Se concretó en un problema de maestros. Alguna vez dije que la Reforma era un camino que iba a dar a un maestro. Dramática y dolorosa peregrinación en busca de un maestro: eso fue inicialmente la Reforma Universitaria. Se ha tornado después, por igual ambición, en Reforma Educacional, total. Confluencia fecunda de un alma de maestro y de un alma de alumno, es ausencia de que padecía y sigue padeciendo la Universidad Argentina. Nada más extraño a esa aventura que la presencia por una parte, de un dómine, y por la otra de un alma servil. Esta relación repugnante era característica de la Universidad anterior al 18. Contra ella se levantó una generación defraudada. Disciplina, viene de "aprender". Pero enseñando se aprende, y aprendiendo "se enseña". Sólo así era posible enseñar en el término socrático. Por establecer ese tipo fecundo de relación entre maestros y discípulos —vano empeño en mundo de simios— se acusó la rebeldía reformista. Sin duda, al cabo de 15 años, el movimiento ha fracasado. Por lo menos parece haber caído en un "impasse" prolongado. Pero no ha sido estéril. Habrá fracasado en un objetivo concreto o transitorio, pero ese movimiento ha servido para iluminar vivamente todo el proceso del mal cuyas raíces entroncan en lo social. Y ha adiestrado a una generación, madura ya para regir. Aparte del espectáculo grotesco que ofrece la Universidad, debido a su penuria y a su falsificación, hoy se sabe que no habrá Reforma "a fondo" mientras no se reforme profundamente la estructura del Estado. Esto en el 18 era un "sentimiento"; apenas un atisbo. En el 33 es un estado cla-

rísimo de conciencia y una voluntad inequívoca. Mientras tanto, sigue la Universidad organizada en torno de los más próximos, no de los mejores, en manos de hombres más aptos para chismes que para definiciones.

Pero esto no ha de durar mucho tiempo. Se acerca la hora de la verdadera crisis. Y como siempre ocurrió, como siempre ocurrirá en el mundo, triunfará la vida por cauces más profundos y amplios. Serán dados pronto de baja todos los hombres sin foja de antecedentes vitales. Y todos los trogloditas que hacen visajes en las Universidades volverán a la caverna de donde proceden.

En "Crítica", julio de 1933.

¿QUÉ ES LA "REFORMA UNIVERSITARIA"?

ENCUESTA

¿PUEDE USTED DECIRNOS ...

1º) ... lo que fue la Reforma Universitaria?

Fue —es—, el movimiento de juventud más rico y germinativo de América Latina, desde su emancipación política. Entronca con ella. Sin duda, como se ha dicho tantas veces para filiarlo, tuvo en sus comienzos un contorno pequeño-burgués. ¿Y qué? Lo importante es que ha sido una cosa fluente y viva. Hay grandes ríos que comienzan en un ojo de agua.

La Reforma comenzó siendo una discusión en torno a la penuria docente de unos cuantos maestros pintorescos, pedantes y dogmáticos, que cobraban remontada expresión en la Universidad colonial de Córdoba. En la universidad de 1918 atizaba el fuego un fraile. En la de 1936, la *Sección Especial* de la Policía de Buenos Aires, la "okrana" argentina.

El estudiante de 1918 se ha tornado, para el Estado, en problema de policía. No interviene para solucionarlo el Ministro de Instrucción Pública, sino el de *Interior*. Es ya, para quienes orientan la instrucción, ante todo, *problema de policía*, y de *policía especial*. En la "cuestión" universitaria hay un elemento nuevo: la ley de Residencia 4144. Y otro más: la finanza internacional. Jueces, policías y banqueros señorean la Universidad Plutócrata de 1936, cuya penuria docente sigue siendo la misma de 1918. Acaso ahora más "tóxica" que antes.

2º) ... lo que alcanzó, o no pudo ser?

La Reforma fue todo lo que pudo ser. No pudo ser más de lo que fue, en drama y actores. ¡Dio de sí, todo! Dio pronto, con sus límites infranqueables. Y realizó un magnífico descubrimiento. Esto sólo la salvaría; al descubrir la raíz de su vaciedad y de su infecundidad notoria, dio con este hallazgo: "Reforma universitaria" es lo mismo que "reforma social".

Sin reforma social no puede haber cabal Reforma Universitaria. En la memorable lucha, la Universidad fue para la juventud una especie de microcosmos social. Descubrió el problema social. Y ligado a su dramático destino. Bien pronto advirtió que Estado, Sociedad, Universidad, se alimentaban de la misma amarga raíz. Y los mismos comandos. Las mismas manos manejando los mismos compases. Lo que empezó como defensa contra la toxicidad de los malos maestros y afán oscuro y torpe de "reformular" el "sistema educacional" que los "hacía posibles", se convirtió al cabo en proceso al sistema social, que es de donde arranca la dogmática, la regresión y la penuria de la Universidad de entonces, y —más visiblemente aún—, de la de ahora.

Ese sentido tienen las vicisitudes del movimiento reformista, que ha dado sus límites y los ha rebasado, también. Los guardias de asalto del Capitalismo y los cuadros del Ejército, custodian la Universidad donde la ciencia se empobrece y la pobreza espiritual cobra rango.

Pero la juventud va adquiriendo —merced a este movimiento fluente y vivo— mayor conciencia de su destino, y escoge mejor los medios de realizarse. Aquel movimiento pequeñoburgués y romántico de 1918 es hoy un movimiento social caudaloso y profundo. Está ganando el mundo juvenil, pues hoy la juventud comprende bien que no puede haber reforma educacional "a fondo" sino con reforma social también de fondo.

3º) ... lo que es?

Fue un camino provinciano que "iba" a dar a un maestro. Buscando un maestro ilusorio se dio con un mundo. Eso "es" la Reforma: enlace vital de lo universitario con lo político, camino y peripecia dramática de la juventud continental, que conducen a un nuevo orden social. Antes que nosotros lo adivinaron ya en 1918, nuestros adversarios. El "puro" universitario —se dan todavía algunos, mediocres y canijos—, es una cosa monstruosa. Todo esto es más visible en nuestras universidades organizadas no en torno de los más aptos sino de los más "próximos".

4º) ... lo que será?

¿... ?

5º) ... semejanzas y diferencias entre el estudiante de 1918 y el de 1936?

En 1918: pequeña burguesía liberal, encendida de anticlericalismo; vagos entusiasmos, americanismo confuso, mucha fiebre. Cercando el horizonte a manera de "decoración", la Revolución y la Guerra ... Adivinaciones, rumbo ...

1936: el anticlerical es anti-imperialista. Ha ganado en lucidez. El clerical, "defensor" de la Universidad del 18, es ahora fascista. Y muchos "liberales", también. Mucho reformismo del 18 es fascismo del 36. La pequeña burguesía ha acabado por poner su "cordón sanitario" frente a la "continuidad" de la Reforma.

En 1918 el anticlericalismo daba una fácil apariencia revolucionaria. Incluso, "vestía" bien. Ahora (probablemente también entonces), la "postura" anticlerical ya no convence... ¡ni al clero! Los jóvenes del 18 eran más ruidosos y tenían más aliados. Tenían también —acaso por eso mismo—, más capacidad de entusiasmo y más combatividad. Ahora son menos, pero más lúcidos. Entonces adivinaban. Ahora saben.

69) ... semejanzas y diferencias entre el profesor de 1918 y el de 1936?

Es el mismo fósil. Sólo que ahora es más joven. Y sabiendo más, le es más inútil todo lo que sabe.

En "Flecha", Nº 14, 15 de junio de 1936. La encuesta fue preparada por el propio Roca, que dirigía esa publicación, y respondieron Julio V. González, Enrique Puccio, Saúl Taborda, Juan Filloy, Carlos Brandán Caraffa, Juan Zanetti, Horacio Miravet, Antonio Navarro, José Martorelli, José Benjamín Barros, Deodoro Roca, Jorge Orgaz, Dardo Cúneo, Paulino González Alberdi, Alberto May Zubiria, Vicente Mocciaro, Ismael Bordabehere, Sergio Bagú, Raúl A. Orgaz, Marcos Meerof, Enrique Barros, Adelmo Montenegro, Tomás Bordonnes, Emilio Baquero Lazcano, José López González, Enrique S. Portugal, Sergio Mayor y Mario Carlisky.

En el número, íntegramente dedicado a la Reforma, colaboraron asimismo Juan Lazarte, Héctor P. Agosti, Santiago Montserrat y Francisco Deffis. Se reprodujo también el ensayo "Estamos en lo mismo", que Roca escribiera para "Crítica" tres años antes. Ahora se titulaba "El drama social de la Universidad", y traía algunas correcciones, la principal de las cuales era el párrafo final, así modificado en 1936:

"Lo social, sí. Pero el hombre también. No todo ha de resolverse en el simplismo, dramático sin duda, de lo político. Se denuncia ahí, flagrante, «la crisis de una cultura». He aquí una zona desatendida en el paisaje de la Reforma. No verla con anticipada claridad sería, a esta altura, un mal síntoma".

El "PIEDRE DE LA ENCUESTA", también debido a Deodoro, decía así:

Dictadura + Burocracia = Universidad de Córdoba

En esta página final de la encuesta, cuya efectiva importancia la torna en documento vivo para la actual generación reformista, no podía faltar una referencia, también documental, a un instante que fue decisivo en la "vida y andanzas" de la Reforma: la del avasallamiento de la Universidad por la dictadura.

Era en 1931, 19 de julio. Uriburu: dictador. Ibarguren: panegirista del tirano Rosas, su último biógrafo. Panegirista de tiranos y servidor de dictadores. Procónsul de Uriburu en Córdoba. A cargo, transitoriamente, del gobierno insular, Torino: sobrino del tirano y ex reformista del 18.

En el mensaje del 6 de setiembre se anunciaba que la revolución, entre otras cosas, venía a restablecer el "orden" en las universidades. El "desorden" era desde luego, la "participación de los estudiantes" en el manejo de la Universidad; el contralor, mejor dicho, de los estudiantes: única garantía, mientras existió, de decencia y dignificación de la vida universitaria. Cuando ese contralor desapareció, volvieron las camarillas, los "chanchullos", la entrega de la Universidad, con mengua de la cultura y su progreso, al aprovechamiento de los inmorales y al usufructo de los paniaguados e incapaces.

La dictadura de Uriburu fue servida por el ideario de las gentes desalojadas de la Universidad por la práctica honrada y leal del estatuto reformista. Fueron esos elementos, sus ministros y asesores áulicos. Lo primero que hicieron fue arrasar, *manu militari*, con todo lo bueno que la Reforma había creado y estaba en camino de afirmar, para bien de la Universidad. En la de Buenos Aires la contraofensiva se hizo con métodos de fuerza gubernamental. Ofensiva victoriosa de los estatutos "Nazar" y "Castex". Hacia el 31, la Universidad de Córdoba, a pesar del estatuto "Sagarna" —otro plan reaccionario—, había logrado que el espíritu inicial de la Reforma se afirmara y que los estudiantes hicieran triunfar un rector reformista: el ingeniero José Benjamín Barros. La voluntad de este rectorado no se plegaba a los planes del dictador. Inaudito. Era Ministro de Instrucción Pública el candidato a rector derrotado poco antes por los reformistas. En la Universidad se estudiaba, se trabajaba, se salía penosamente de la confusión en que la había sumido la orgía contrarreformista. Hasta que un buen día —el 19 de julio de 1931—, la fuerza policial del dictador, del historiador procónsul y de sus adyacentes, invadió "porque sí" la Universidad.

Ajuste de relojes. El ministro Rothe —de oscura memoria para la cultura argentina—, encaramado a la "torre" mayor, ponía en la Universidad de Córdoba la hora "fuera del tiempo" de setiembre. El rector

Barros renunció ese mismo día, en un documento memorable y sereno.¹ No podía responder con Fuerza a La Fuerza. Respondió con palabras ejemplares que no hallaron eco, por cierto, entre la recua docente amedrentada. Todos "fragaron la píldora". Nadie más renunció. Sólo años después hubo síntomas de reacción. Fue otra vez decapitada.

La Universidad de Córdoba, sin el contralor de los estudiantes —abandonada incluso, por los mismos estudiantes—, ha vuelto a ser lo que era antes: *burocracia*. Instituto secular del Acomodo. Presupuesto, parientes, parientes, muchos parientes... Paniaguados. Tartamudos dictando cátedras de declamación.

Enseñando, para cobrar sueldo, precisamente todos los que necesitan aprender. Profusión de fundaciones huérfanas. Institutos. Institutos para todo: institutos de Derecho Civil, de Filosofía, de Ciencias Mercantiles y Económicas, de Aeronáutica, etc., etc. Salvo el de Fisiología que fundara un joven y ya ilustre profesor,² todos los demás son o la pompa verbal y retórica que disimula un viejo complejo de inferioridad, o el pretexto decoroso para repartir empleos entre parientes sin saber y sin clientela. La enseñanza se ha mediatizado de tal suerte, que el profesorado, en el mejor de los casos, sólo produce "apuntes"; o sea saber "congelado". Son gentes que no producen: "reproducen". Y reproducen mal. Y por eso conservan un aire de arisca e irresponsable clandestinidad. Los pocos que en vez de "reproducir", producen, no alcanzan a salvar a los otros, ni a cambiar el clima letal del Instituto Universitario. Todos reproducen. Y lo que es más grave, *se reproducen*. La Universidad de Córdoba —muchas se le están pareciendo—, es en suma el caldo de cultivo donde proliferaba una burocracia astuta, tenaz, que sabe desplazarse con una singular rapidez. Es la característica del burócrata cordobés, variedad ya famosa en la Argentina.

¹ He aquí los párrafos de la renuncia del ex rector Barros, pronunciados cuando Uriburu era todopoderoso:

"La Universidad ha sido afectada en su autonomía y en su dignidad. La fuerza pública ocupa sus aulas y sus claustros. El señor Jefe de Policía, invocando órdenes superiores, ha dirigido a este rectorado una nota desconsiderada, y la fuerza policial ocupa en este momento su interior. Este Rectorado no tiene noticias de que el Superior Gobierno de la Nación haya resuelto intervenir a esta Universidad.

"Considero esta situación incompatible con mi dignidad personal y universitaria. La considero también incompatible con la existencia misma de la Universidad y con su alta función de cultura.

"Sólo un grosero sensualismo y un triste ejemplo que soy incapaz de dar, podría en estas circunstancias retenerme en el cargo que vengo ahora a renunciar indeclinablemente".

² Gumersindo Sayago (n. del compilador).

AUTOBIOGRAFÍA

Conformado, como buen cordobés, para el peripato, no me sorprendió ni me fue difícil saber un día que era abogado y doctor. Por ese cauce voy hasta ahora, sólo que mi incurable romanticismo hizo siempre mi travesía dramática, hazañosa, rica en emociones intelectuales y en vida fantástica. Creo en el espíritu y en la suprema realidad del arte. En la vida del espíritu sólo lo que es falsificación está de más. Una vida en plenitud admite y ennoblece el goce espiritual, y enriquece las profesiones que, como la abogacía, están constantemente escapándose de la espiritualidad y cayendo en zonas de decorosa comercialidad. Basta para eso orientarla en el sentido de lucha por la justicia y poner en ella valor, pulcritud, decoro, y mantener siempre vivo el horror por la estupidez, por la chabacanería, por el trabajo mal hecho, y por la vulgaridad plebeya y letrada que es el pulmón de acero de nuestra profesión. Entonces, la abogacía se aproxima a las bellas artes. Y sólo aproximándose así a ellas se puede ser un buen abogado. De ahí que no me haya asombrado de conservar, entre las andanzas frenéticas del foro, vivo y fresco el amor a las cosas del arte, y que no considere ninguna suerte de incompatibilidad. De ahí también que no me asombra, en la madurez, me apareciera de pronto, irresistible casi, el ansia de pintar que, de pronto, se insumiera en mi primera juventud entre códices, pandectas, alegatos y versos. Yo y Octavio Pinto —amigos de infancia, parientes y compañeros entrañables—, debemos a mi hermano Eduardo Roca, médico, hombre de ciencia doblado en gran artista, fallecido en plena juventud hace muchos años, las sugerencias primeras y el descubrimiento de la inenarrable vida del arte.

No he actuado en la vida pública de mi país desde la angostura de programas y partidos políticos. Pero he hecho, al margen de ellos, y desinteresadamente, una intensa y riesgosa vida pública. La haré hasta que muera, porque me interesa hasta la pasión el destino de la patria y sobre todo el destino del hombre.

1941? Hallada inédita entre los papeles de Deodoro Roca, Bermann la reprodujo en "Nueva Gaceta" y luego en "El difícil tiempo nuevo".

ELEGÍA A UNA VIDA CLARA Y HERMOSA

DEODORO ROCA

Yo sé a quién preguntarle, a quién decirle
cantos, cosas, razones de su vida;
por qué altura de álamo medirle,
por qué piedra indagarle
la densidad de agua conducida
remansada en su río;
por qué estrella llorarlo sin llorarlo,
por qué decirle nuestro y por qué mío.

Yo sé cómo llenar ese vacío
que deja un árbol ya desarbolado,
una roca tocada de inclemencia,
una hundida creciente,
la luz de un resplandor arrebatado.
Sueñe el bosque su verde transparencia,
su voz el mar, la cumbre alta su frente,
la llama el corazón de su pasado.

Como se pierde un barco iluminado
entre dos tristes selvas litorales;
se extermina de pronto una arboleda,
un hombre verdadero;
así sus claras hondas fraternales,
lo que descuajó el hacha y que nos queda:
líbre, un claro sendero,
difícil y advertido de señales.

Mudos, los largos llantos funerales.
Alta estrella, mas no para loores.
Alto río, más no para la escoria.
Árbol alto, mas para bien movido.
¡Arded, bullid, sonad, laboradores!
La vida clara, hermosa la memoria,
hermoso su sentido,
claro su ejemplo y claros sus deudores.

(Remontando el Paraná, primavera de 1942).

RAFAEL ALBERTI

BIBLIOGRAFÍA ACERCA DE DEODORO ROCA

LIBROS Y ARTÍCULOS

- AGOSTI, HÉCTOR P.: *El difícil tiempo nuevo*, en "Cuadernos de cultura", Nº 29, mayo de 1957.
- ALBERTI, RAFAEL: *Antología poética*, Losada, Bs. As., págs. 235 y 279.
- CIRIA, ALBERTO: *Deodoro, vivo*, en "Rev. de Derecho y C. Sociales", Nº 5, invierno 1957.
- HURTADO, LEOPOLDO: *Deodoro el Magnífico*, en "Propósitos", Nº 157, 9/IV/57.
- JURADO, FRANCISCO: *Algo de lo que debemos a Deodoro Roca*, en "La voz del interior", 7/IV/50.
- LIZASO, HÉCTOR: *Serán recordados Deodoro Roca y Saúl Taborda*, en "Antinazi", 7/VI/45.
- MITRE, ADOLFO: *Pervivencia de Deodoro*, en "Ficción", Nº 16, noviembre-diciembre 1958.
- MONTENEGRO, ADELMO: *Deodoro Roca: testimonio del hombre*, en "Córdoba", 7/VI/48.
- MONTES, ANÍBAL: *Historia de Ongamira*, en "Rev. de la Universidad de Córdoba", Nº 1-3, febrero-julio 1956.
- MONTSERRAT, SANTIAGO: *Deodoro Roca y Saúl Taborda*, en "Antinazi", 14/VI/45.
- NADRA, FERNANDO: *Deodoro Roca*, en "Gaceta Universitaria", 15/VI/45.
- ROCA, DEODORO: *El difícil tiempo nuevo*, selección, prólogo y notas de GREGORIO BERMANN, epílogo de ENRIQUE GONZÁLEZ TUÑÓN, Lautaro Buenos Aires, 1956.
- ROCA, DEODORO: *Las obras y los días*, prólogo de SAÚL ALEJANDRO TABORDA, compilación y post-scriptum de SANTIAGO MONTSERRAT, Losada, Buenos Aires, 1945.
- SANGUINETTI, HORACIO JOSÉ: *Deodoro Roca*, en "Sagitario", Nº 2, nueva época, julio 1958.
- SCHMUEGLER, HÉCTOR N.: *El problema cultural en Córdoba*, en "Cuadernos de cultura", Nº 40, marzo 1959.
- STANISLAVSKY, EDUARDO: *El difícil tiempo nuevo*, en "Rev. del Mar Dulce", Nº 6, agosto 1957.
- TABORDA, SAÚL ALEJANDRO: *Oración por Deodoro Roca* (v. "Facundo", Centro de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1959).

OTROS HOMENAJES Y RECORDACIONES

En el sepelio de Deodoro Roca, efectuado la tarde del lunes 8 de junio de 1942, ante una muchedumbre imponente encabezada por el gobernador Santiago Del Castillo, hablaron:

AQUILES VILLALBA y RAFAEL BONET (por los amigos); FERNANDO NADRA (por FUC); ADELMO MONTENEGRO (por el Círculo de la Prensa); SAÚL TABORDA (por el Comité de Coordinación de Ayuda a los Aliados); SANTIAGO MONTSERRAT (por los reformistas); TRISTÁN GUEVARA (por la Alianza Civil); GREGORIO BERMANN (por el AIAPE); PABLO DE MAURO (por la Confederación de Maestros); JULIO MENDEZ LÓPEZ (por la FUA); ROBERTO SENMARTÍN (por Asociación de Pintores y Escultores de Córdoba); TOMÁS FULGUEIRA (por la Liga de los Derechos del Hombre); JUAN ZANETTI (por el Colegio Libre de Cultura Popular); ANTONIO DELGADO MOLINA (por el Centro Republicano Español); CRUZ RAMÍREZ (por los obreros de Córdoba); y ALBERTO LLIAMGOT (por la Juventud Defensora de la Libertad). La mayor parte de esos discursos están transcritos en "La voz del interior", 9/VI/42, como asimismo un poema de Rafael Julio Iglesias, y declaraciones de Alfredo Palacios, Emilio R. Biagosch y Rafael Alberti.

El Congreso Nacional dedicó poco después un homenaje a Deodoro, con palabras de Julio V. González, José Aguirre Cámara y otros legisladores. En noviembre del mismo año se efectuó también un acto recordatorio, en el Teatro Rivera Indarte de Córdoba, donde hablaron Héctor P. Agosti, Ricardo Latcham, Enrique Barros y Enrique González Tuñón.

El 9 de junio de 1945, en la Asociación Española de Socorros Mutuos, de Córdoba, se conmemoró la muerte de Roca y Taborda, hablando Santiago Montserrat, Esteban Gorriti, Antonio García, Antonio Navarro, Arnaldo Orfila Reynal, Alfredo Terzaga, Gregorio Bermann y Adolfo Montenegro.

Hacia junio de 1949, sus amigos inauguraron un busto de Deodoro, obra del escultor catalán Alberto Barral, en Ongamira. Reprodujéronse entonces retratos de Roca, debidos a Mauricio Lasansky, Alberto Nicasio, Pelele, Vera, etc.

Cabe recordar también la "Fundación Deodoro Roca", constituida el 7 de junio de 1942, bajo la presidencia de Enrique Barros, con Oliverio de Allende como secretario, Tristán Guevara como tesorero, y los vocales Ceferino Garzón Maceda, Jorge Orgaz, Santiago Beltrán Gavier, Carlos de Allende, Saúl Taborda, Cruz Ramírez, Gregorio Bermann, Santiago Montserrat, Miguel J. Ávila y Francisco Mesquida.

Por último, en 1959, la "Avenida de los Carolinos" del Parque Sarmiento de la ciudad de Córdoba fue bautizada con el nombre de "Deodoro Roca", y en el barrio "Los Cigarrales", de Unquillo, se proyecta un tributo similar.

ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
DEODORO ROCA, por <i>Horacio J. Sanguinetti</i>	7
Ciencias, maestros y universidades	13
La nueva generación americana	22
La revolución de las conciencias (Córdoba, 1918)	27
La universidad y el espíritu libre	30
Supresión del doctorado en derecho	35
Palabras sobre los exámenes	44
El último oligarca	47
Estamos en lo mismo	57
¿Qué es la "Reforma Universitaria"? (Encuesta)	61
Autobiografía	66
Elegía a una vida clara y hermosa, por <i>Rafael Alberti</i>	67
Bibliografía acerca de Deodoro Roca	
<i>Libros y artículos</i>	68
Otros homenajes y recordaciones	69

CENTRO DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

COLECCIÓN CUADERNOS

El Centro de Derecho y Ciencias Sociales (F.U.B.A.) brinda, a través de su colección CUADERNOS, una útil contribución al estudio de los temas jurídicos, sociales, políticos, económicos y universitarios, con el doble propósito de profundizar y de difundir, en favor de la cultura.

VOLÚMENES PUBLICADOS:

- 1) FRANCISCO AYALA: "Derechos de la persona individual para una sociedad de masas".
- 2) ERNESTO KROTOSCHIN: "Cuestiones fundamentales de derecho colectivo del trabajo".
- 3-4) JULIO OYHANARTE: "La expropiación y los servicios públicos", con una recensión de Bartolomé A. Fiorini.
- 5) GREGORIO SELSER: "Situación político-social de América Latina".
- 6) JUAN JOSÉ SEBRELI: "Historia argentina y conciencia de clase".
- 7) ROSCOE POUND: "Examen de los intereses sociales", con una introducción de Ambrosio L. Gioja.
- 8) MARCO AURELIO RISOLÍA: "La metodología del Código Civil en materia de contratos".
- 9) OLIVER WENDELL HOLMES: "La senda del Derecho", con prólogo de Carlos M. Bidegain.
- 10) SAÚL ALEJANDRO TABORDA: "Facundo".
- 11) DEODORO ROGA: "Ciencia, maestros y universidades".
- 12) GUILLERMO L. ALLENDE: "Clases de Derechos Reales".
- 13/14) ENRIQUE DÍAZ DE GUIJARRO: "El acto jurídico familiar y otros ensayos".

EN PREPARACIÓN:

FLORENTINO V. SANGUINETTI: "Temas universitarios".

